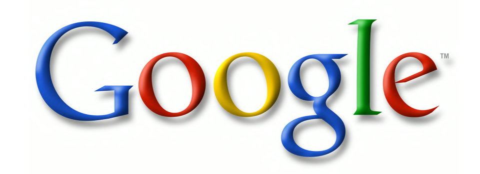
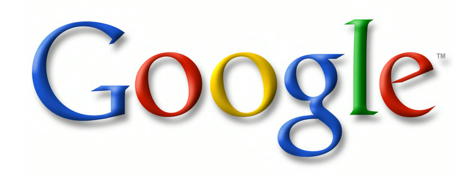





CoLibri
COVER BOOK SYSTEM

OLORES PATRIOS

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I.—*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón. Milord.* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas.* Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V.—*Impresiones de viaje.—La carta verde. La doncella práctica.* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania —El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VII.—*La señora del* 13. (Novela).—*Cuentos alegres.* (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París.* (Segunda edición) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo.* (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cávia. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios.* (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres.* — (Apuntes de mi tiempo), 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas*. (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas*. (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos*. (Semblanzas varias. Primera serie) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá* (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XV.—*Poesías festivas*.—*Chistes y anécdotas*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVI.—*Páginas íntimas*. (Crónicas—primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVII.—*Los de mi tiempo*. (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XVIII.—*Todo en broma* (Crónicas — segunda serie — con un prólogo de José Nogales). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIX —*Cosas de Francia*. (El modernismo en Francia.—París íntimo.—París por dentro. (Prólogo de Antonio Cortón). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XX.—*Teatro* (primera serie). — *Alta chulería* (Comedia inédita en dos actos en prosa).—*No la hagas y no la temas* (Proverbio en dos actos en prosa).—*¡Duerme!* (Monólogo en verso).—3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXI.—*Escenas y tipos de Madrid* (Crónicas — tercera serie—con un prólogo de Angel María Castell). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXII.—*Españoles y franceses*. (Semblanzas—tercera serie—con un prólogo de Manuel Bueno). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXIII.—*Cuentos nuevos*. (Serie A.)—*Cosas raras*. (Crónicas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XXIV.—*Soledades*. (Poesías, con un prólogo de Juan Valera). 3 pesetas Madrid. 3,50 provincias.

XXV.—*Olores patrios* (Crónicas— cuarta serie— con un prólogo del autor).—*Trabajos inéditos*, con un prólogo de Salvador Rueda. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

---

mprenta y Encuadernación de José Rueda.—Huertas, 58.

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco



TOMO XXV

OLORES PATRIOS

(CRÓNICAS—CUARTA SERIE)

MADRID
BRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791.
1906

[illegible]

PRÓLOGO

Este libro, que no es un libro, sino una serie de impresiones y de estudios del natural, pudiera llamarse crisis patriótica, enfermedad moral, nostalgia incurable...

Yendo y viniendo de Francia á España, he podido observar las hondas raíces que tenía en mi corazón el amor á la patria española. Nadie puede saber si es patriota sincero ó no, mientras no viva ausente de su país muchos años. La primera vez, después de cinco de ausencia, que fuí á Madrid, la patria se me presentó más atractiva que nunca, y las costumbres del país me llenaron el alma, que estuvo, hasta entonces, distraída con impresiones bien diferentes. Al fin y al cabo, cuando se vive en el extranjero, y se hace la vida del extranjero, y llega uno á ser casi extranjero por la fuerza de la costumbre, no se sabe si su patria le parecerá bien ó mal al volver á ella, sobre todo cuando se está habituado á oir á los compatriotas que vienen á París

hablar mal de *aquéllo*. *Aquéllo* es España; y me la ponen tal, y la tratan de tal manera, que yo no sé cómo responderles.

Tengo la ventaja de diferenciarme de estos malos patriotas en el deseo constante que siento de volver á ver nuestro cielo, nuestro suelo, nuestras mujeres, nuestros soldados, nuestro pueblo franco y alegre. Desde Irún á Madrid, el viaje me parece el aperitivo de un gran banquete de satisfacciones morales, al que he de asistir en llegando á Madrid, á ese Madrid del que vienen maldiciendo los que no saben á qué atenerse; porque, en verdad, cuando se detesta á la patria no hay más que tomar cartas de naturalización en otra.

Yo, que nunca he querido hacerlo, á pesar de las ventajas que con ello se me ofrecían, y que viviendo la vida del parisién no me acuesto nunca sin pensar en mi rincón de Aragón y en mi tierra de España, he ido recogiendo á cada paso impresiones de nuestro modo de ser, que algún día (me decía yo) podían formar un libro de cosas nuestras, una sucesión de notas locales y de cuadros vivos, hechos sin más pretensiones que las de ensalzar lo que tantos condenan.

Y este es el volumen que hoy ofrezco á mis lectores habituales. Cosas españolas, maneras de ser nuestras, fotografías instantáneas de lo que se oye y se ve cuando se vuelve al país, á ese país que será todo lo atrasado, pobre, mal educado que aseguran los españoles que por aquí vienen; pero que á mí

me parece, por ser el mío, el más atractivo, y el más rico y el más hermoso de todos. En Pamplona cantan á la guitarra:

«Navarritos son mis ojos,
Navarritos han de ser,
Y han salido de Navarra
Y á Navarra han de volver».

Y así digo yo, y en buen hora lo diga. Periodista aquí, hablando español rara vez, y metido de hoz y de coz en esta vida parisiense, español soy, y español seré, y de España salí, y á España volveré, para que en ella me entierren, y mis huesos vuelvan á la tierra misma de donde salieron.

Y es cuanto tenía que decir, según la expresión de los oradores que no dicen nada.

Eusebio Blasco.

París, Enero 1894.

OLORES PATRIOS

¡No, no hay que reirse! Hay olores que recuerdan la patria, y que cuando uno vuelve á ella parecen decirle:—¿Te acuerdas?

Músicas y olores, han sido en estos pasados días para mí algo como el despertar de un largo sueño. Junto á la copla popular y como envolviéndola con su aroma, encuentro siempre el que parece su inevitable compañero. Sevilla no sería Sevilla sin el olor á azahar, y Madrid no sería Madrid sin el olor de albahaca. Verbenas, procesiones, Viático, toros, cada cosa tiene su olor particular en esta España eternamente goyesca. Dicen los libros de mecánica, que lo que se gana en fuerza se pierde en velocidad. Así le sucede á la patria española. La fuerza de su color local está en razón inversa de su progreso. Pero ¿qué importa, si es la patria? ¿Acaso hay madre defectuosa?

La Plaza de Toros huele á naranjas; el templo donde se rinde culto á la Virgen, á rosas. La escalera de cada casa huele á aceite; las niñas bonitas que van por la calle, á nardos frescos; el teatro, á humo... y todos estos olores son exclusivos de Castilla y de España.

¡Pero esta albahaca! Esta albahaca, perfume ordinario según muchos presumidos de finos, y esencialmente popular, se me ha subido á la cabeza. Sin saber por qué, al aspirar su aroma me acuerdo de los primeros años, y de la verbena de San Juan y de la pradera de San Isidro, y con los ojos cerrados y oliendo, que es figura muy fea, veo yo sombreros anchos y pañuelos de seda, y calderas llenas de pasta de buñuelos, y digo aquellas coplas que cantaba á la puerta un torero de invierno:

Dígale osté á esa mujer,
que güerva pa quí la cara
que la quiero conoser.

y mi ramo de albahaca parece que me está diciendo:—¡Por allí viene!

Del olor de las naranjas no le digo á usted nada. La plaza llena de gente, un calor horroroso, gritos, saludos y bastonazos en las piedras de la delantera. ¡Eh, eh, los del agua! Y las naranjas por el aire, yendo á buscar á los caballeros. Yo no he pelado pavas, pero naranjas en el Prado junto á la novia... ¡Jesús Dios mío!

Los nardos traen á la memoria la entrada del otoño y los pasillos del teatro llenos de abonados que vuelven de su veraneo, una atmósfera caliginosa, y la florera con sus varas de nardos delante del palco bajo, donde hay cuatro ó seis ojos que trastornan como el aroma punzante de aquellas flores aristocráticas. La albahaca y el nardo deben odiarse á muerte, como el obrero y el grande de España.

Pues ¿y el aceite frito, olor tan nacional como la bandera amarilla y encarnada? Este os sale al encuentro por todas partes; os está diciendo á cada momento que no os olvidéis de que estáis en Madrid, sale por debajo de todas las puertas, se os pega á la ropa, os guisa sin que os enteréis, y es, en fin, necesidad social y perfume cooperativo... ¡El disgusto que se produjo en mi vecindad y aun en mi barrio de París porque un día en que habían de comer en mi casa españoles se les dispuso un verdadero mapa de huevos fritos en una descomunal fuente de Talavera! ¡Qué de reclamaciones y de quejas! Con razón pudo decir un banderillero de paso en París á un amigo suyo:—Compadre en esta tierra hasta la Unción la dan con manteca!

Olor tradicional y peculiar del país es el de la cera, que al chisporrotear de los cirios se derrite, y exhala su místico aroma, ya perdido en casi todas las naciones modernas. Al ver los templos alumbrados por el gas, decía mi madre:

—No parece casa de Dios donde no huele á cera.

—Fiesta ó entierro, misa ó boda, ha de ser envuelta en olor tan inveterado. La procesión, esa procesión clásica de la tierra hispana, con su fila cortada de curas y niños vestidos de angelitos, y los santos de palo moviéndose como quien va á cambiar la peseta, ¿qué sería sin el olor de flores y de cera que va dejando por donde pasa?

Á humo de tabaco han de oler el vagón, y el palco, y el café, y la redacción, y hasta el tocador de la dama más melindrosa; y el interior de cualquier familia que se respeta ha de oler en mi tierra española, por la mañana á chocolate requemado, por la tarde á la col del cocido, del mismo modo que la alcoba del cazador huele á tomillo y el portal de la horchatería á chufas mojadas.

Cada país tiene su olor propio; Londres á humo de fábrica, París á gas y á carbón del tren; París á violetas y á vainilla. En Roma huele á barniz de pinturas por todas partes, y en Berna á establo y á queso. Asfixia el olor del pino en Arcachón, como ensancha el alma el olor del mar en la costa Cantábrica. Lo mismo sucede en cada local, dentro de las cuatro paredes. No es el mismo el olor de perfumería inglesa que se desprende de los concurrentes á un gran baile, que el de caldo que se nota ya en el pórtico del hospital. Ni huele lo mismo el sacristán que el asistente de caballería...

¡Ah! ¡Quién tuviera tiempo y paciencia para hacer un estudio sobre la simpatía ó antipatía que produce en nosotros el olor de cada persona! Los perros conocen á los hombres por el olor que cada uno lleva en sí, y que entre ellos suele pasar desadvertido. Las mujeres limpias y los niños de pecho huelen lo mismo. Y hay olores morales; por eso dijo la pecadora al confesor:—Padre, ¡cómo huele á tabaco!—y el cura dijo:—¡Y tú á otra cosa!

Sí; hay aromas de honradez ó de vicio, de nobleza ó de mala fe, en la conversación de las personas. El estilo tiene algo de esencia, y por eso en ocasiones no puede traducirse; de un país á otro, el aroma literario se pierde en el aire. Así es, que los cantares populares son como los claveles que las sevillanas se ponen en el moño; aquellas que despiden aroma hasta por los dedos.

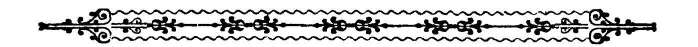
Ya no se llaman dedos
los de tu mano
que se llaman claveles,
cinco en un ramo.

Y al compás mismo de estas coplas, que son olores del campo, suenan las campanas, que apenas se oyen ya sino en estos pueblos católicos y devotos. Y sones y olores, y músicas y aromas constituyen la nacionalidad, que surge y penetra en ondas de olor y dan escalofrío de

placer al tornar al hogar materno. Las azucenas y la albahaca, el són de la fusta y el olor de la fresa, las emanaciones del heno en la era y el tufo de la lamparilla á la madrugada, el vaho que sale de la tahona y el perfume de jamón de Avilés colgado en la puerta del carnicero... todo esto es español puro, y la patria no sólo se admira con los ojos, sino que se aspira como el ramo de albahaca... Pasando ayer por un templo, oí sonar tristemente las campanas; oíase adentro el canto de los difuntos; entré y recordé aquel cantar que nunca se me olvida:

Las campanas de mi pueblo
sí que me quieren de veras;
tocaron cuando nací
y doblarán cuando muera...

Cantar de patriota que no piensa moverse de su rincón, y que acaso sea más feliz que los que recorremos el mundo...—¡Oh, Dios mío!—pensé aspirando el olor de polvo que despiden los negros paños, y el que arrojaban de sí las amarillas velas,—¡yo no sé dónde he de morir! ¡Haced que no doblen por mí campanas extrañas!



¡MI MADRID!

El emperador de Alemania, cuando recibe á un extranjero, habla siempre tan en *posesivo*, que no se diría sino que todo lo que le rodea es suyo.

Dice siempre *mi* ciudad de Berlín, *mi* teatro de la Ópera, *mis* soldados...

Quisiera yo hablar hoy del mismo modo, aunque con intención distinta. Quisiera yo repetir mil veces que estoy en *mi* Madrid, tomando *mi* sol, viendo á *mis* chulas y abrazando á *mis* madrileños.

Porque aquí todo es *mío*. El aire, la lengua, las afecciones, el tiempo, el espacio.

Y este es el mismísimo Madrid que yo dejé, con sus calles llenas de gente, que van andando sin prisa, y sus plazuelas llenas de encapotados tomando el sol, y sus balcones llenos de jaulas y de ropa tendida y tiestos de albahaca, y los vendedores que gritan á la mañana el «De Mi-

2

raflores, y á prueba», y la ristra de ajos y el conejo de monte. Siguen aquellos organillos despertándome con los valses de Chueca, y las billeteras ofreciéndome el gordo, y los pobres pidiéndome limosna, teniendo *todos* siete hermanitos; y los novios hablando desde la calle con la novia, que está en el primer piso; y todo ello está bañado por un sol, ¡oh, el sol! Por él vine, y el día me lo paso bebiendo sus rayos, sin comprender ya por qué se vive aquí de noche, siendo tan hermosos los días.

Contraste melancólico forma todo esto con las grandes ciudades modernas. Somos, sin duda, más antiguos, pero tenemos nuestro sello especial y nuestro color, que no hay para qué perder, porque si fuéramos como los demás, ya no seríamos nosotros, y yo creo que los pueblos deben tener su *personalidad*.

Pues desde que vine andan buscándome unos y otros, no comprendiendo dónde me meto. Mis primeras salidas han sido á los sitios aquellos donde pasé mis juventudes, y mis primeras visitas á los rincones que encierran mis grandes recuerdos. Otros vienen á Madrid á ver los museos y los palacios y las novedades de la ciudad. Todo eso lo hay en París, y en Berlín y en Viena. Yo me salgo por el Campo del Moro al camino de El Pardo y me paro ante San Antonio de la Florida, y paso al puente de Segovia y de allí á ver á las que lavan y cantan, y luego ven-

go dando la vuelta por el cerro de las Vistillas y contemplo mi Madrid de siempre, siempre igual, siempre tomando el sol y cada vez más nuevo cuanto más viejo.

¿Pues qué diré de la familiaridad con que trato á las gentes y me tratan ellas, que no parece sino que todos seamos una familia? El cochero simón que ni regatea ni discute la propina, el mozo del restaurant que habla conmigo de Cánovas y Sagasta mientras almuerzo, el conductor del tranvía que guía sus caballos y canta tangos ó malagueñas, la chula de los tres pañuelos y medio, uno para el cuerpo, otro para el cuello, otro para la cabeza y la mitad del mantón para tapar la cara, el centinela que dice en voz baja, aunque lo fusilen: «¡Benditas sean las personas *asin!*», el transeunte que me pide ó me da fuego y la criada del hotel que me cuida como una madre... todo esto me hace olvidar la vida vertiginosa de allá, el ruído y la balumba del Gran Boulevard, la prisa de la vida moderna...

Porque en este Madrid mío de mi alma, no hay nunca prisa, y una de las cosas que más me llaman la atención es la lentitud con que todo el mundo anda... Dijérase que todas las horas del día son horas de paseo, y que todo el mundo es millonario.

¡Y lo son, vaya si lo son cuantos van por la calle!

¿Qué es, en qué consiste la riqueza sino en la carencia de necesidades? En la plaza de la Armería ó en la entrada del Retiro he visto sentadas al sol personas de todas las clases sociales. Un cura, tres militares, seis amas de cría, uno así como cesante con buena ropa, viejos bien vestidos y niños sueltos cantando y bailando; gente *sobrada*, que toma el aire y el sol sin afanes ni ambiciones. Bástale al día su propio afán, dice el Evangelio, y ellos también.

Mi Madrid ha mejorado por el Prado y parece ya gran ciudad. ¿A mí qué me importa? Mi Madrid es el otro: el de los merenderos y los barquillos, de los paveros y de las capas, de la parada y del sereno. A medida que proguese, perderá su color, y el día en que no se vean por las calles niñas bonitas que lo venden todo, pero acompañadas de una vieja, que es la dueña aquella de las comedias de capa y espada, se parecerá á Londres ó á París y adiós mi dinero. En mi Madrid, los pobres piden limosna con guitarra, me llaman democráticamente y con lenguaje cristianísimo *hermano;* los balcones de las casas están siempre con mujeres asomadas, viendo pasar á la gente, lo mismo el día de fiesta que el día de trabajo; por donde quiera que se pasa hay una iglesia, una taberna y un ciudadano arrimado á la pared sin hacer nada; chiquillos que juegan al toro y voceadores de la Lotería. ¡Madrid puro!

Las guías impresas en francés ó en castellano indican á los viajeros lo que hay que ver en Madrid y dan el programa de un día ó de una semana. Mi guía es otra, y á todo el que haya pasado años sin ver la capital de España, le diré yo lo que ha de hacer, que es lo que hago yo para descansar dé otras capitales, refrescar la memoria, renovar los afectos y gozar de la vida.

Por la mañana temprano. Abrir el balcón, recibir una ducha de sol, oir á los vendedores con sus músicas especiales. Tomar chocolate *con buñuelos*.

A las diez. Ir á oir una misa española en una iglesia apartada, donde no haya sillas ni suizos con cachiporra y sombrero de tres picos, ni curas que pidan dinero tres veces durante la celebración dsl Santo sacrificio, ni pronuncien el latín sino como es. Una iglesia con bancos, y ruedos de estera, y monaguillos colorados y vírgenes rodeadas de flores. ¡Eso!

A las once. Ir á ver relevar la guardia. Oir las marchas de Chueca ó de Barbieri á las músicas de regimiento, ver marchar á los pistolos, que marchan comoningunos y pasan atronando la calle.

A las doce. Almorzar cosas de acá, aceitunas *zapateras*, huevos *revueltos*, bacalao á *la vizcaina*, chuletas requemadas, almendras tostadas, queso manchego; y dejar decir.

Por la tarde. Dar una vuelta por aquella sala del Museo, donde están los Velázquez, los Murillos y los Goyas, y donde no entrarán jamás, ni lo permita Dios, los impresionistas, realistas, pardistas y obscuristas modernos.

Ir al Retiro á ver caras bonitas; esas facciones finas, esos ojos negros esos pies chiquititos. Lástima que se vean tantos sombreros sobre las cabezas femeninas, porque aunque sean de París, caen siempre mal. La mantilla se inventó por algo y olvidarlo es pecado. Volver por la Carrera de San Jerónimo y oir al paso las conversaciones. Si el viajero ha corrido mundo, podrá observar que en todas las ciudades del mundo la gente va de prisa y habla siempre de dinero, negocios, francos, dollars, libras esterlinas. ¡Aquí no! Balanceándose y arrastrando los pies, los transeuntes hablan de *lo otro*. Que si el Gobierno caerá; que si la Fulana está con Fulano; que estoy perdido por la tal; que al tío aquél le voy á dar dos bofetadas. ¡Cosas naturales!

Comer en el seno de una familia de esas que tienen siempre su puerta abierta y ni convidan ni desean otra cosa que ver llegar gente á comer. Una de esas casas ó de grandes de España, que son democráticos sin saberlo, ó de compañeros que parten con gusto su pan y su buen cocido. Comer el plato nacional, hablando de todo y todos á la vez, con vino del país y con ruido.

¡Por la noche, á los teatros donde se hagan dramas ó comedias escritas en versos españoles, ó zarzuelas de esas en que los compositores populares han echado todo lo que saben, y después del teatro... á todas partes! A empezar á vivir, hablando, y chismorroteando, y riendo hasta las cuatro de la mañana, como si el tiempo no fuera nada, ni el sueño no fuese necesario, ni al día siguiente hubiese que hacer algo...

¿Ni quién piensa en trabajar, ni en hacer nada con esta luz? ¿Ni qué falta hace? Ved los lirios del campo como crecen... decía el Cristo, y así decimos nosotros, eternamente los mismos. Y así dirá el que vuelva, como yo ahora, á esta tierra de premisión, y tendrá que volver á repetir el posesivo y gritar con toda su alma: ¡Oh, cielo mío, tierra mía, Madrid mío!...

(1894)



LAS VENTANAS BAJAS

Las ventanas bajas de las cervecerías de la Carrera son de esos rincones madrileños inolvidables, aunque se viva lejos mucho tiempo. Vienen á ser lo que los cafés y restaurants del Boulevard de París, porque en todas las grandes capitales á la gente conocida y que anda en el movimiento, le gusta vivir en un círculo de mil metros.

En Londres se ve á los conocidos en Picadilly ó en la Cité; en París está uno seguro de encontrar á los literatos, periodistas, artistas y notabilidades populares, en el espacio que hay desde la calle Drouot á la plaza de la Opera. A las doce de la mañana almorzarán en el Americano, Mendés, Emmanuel, Arcux, Chevassú, Xau, Antoine, Civry, Severine, Letevier, Calmette, Mirbeau; en el *Café Inglés*, Camondo, Alfassa, el rey Milano, un Rosthchild, Hebrard, Blowitz; en *Monferino*, los amigos del *Gil Blás* y del *Eco*

de París; en *Paillart,* Meilhac, Meyer, Bischoffein, Lagrené, Duval. A las seis de la tarde en el Napolitano, Abel Hermand, Charpentier, Mauricio Montegut, Paul Adam...

Pues el trechito *ese* de los madrileños de siempre, de los que se conocen todos y necesitan verse, está entre la Puerta del Sol y la calle del Baño. Por la mañana en la cervecería Inglesa, y antes había de faltar el sol, Miguel Cornejo, el marqués de Valdueza y mi humilde persóna. ¿Qué haces por ahí?—me escribía un amigo español que vive en Francia—y le respondía yo:—Pues aquí estoy reanudando mi vida de Madrid y haciendo lo mismo, y

Sigo tomando cerveza
igual que en el tiempo viejo,
entre el marqués de Valdueza
y Miguelito Cornejo.

Las dos cervecerías, ó por mejor decir, la Inglesa y el café de la Iberia de enfrente, son el Bolsín de los afectos mútuos, la estación central de los madrileños ó de los provincianos *devenidos* tales madrileños. En la cervecería, políticos, ricos, poetas y aristócratas, todos revueltos. En el café de enfrente, el rincón de los aragoneses, y el rincón de los aficionados á toros, pero de los aficionados que hacen autoridad. Y entre las dos modernas botillerías que han reemplazado á las de nuestros padres, las aceras siempre lle-

nas de grupos de gente conocidísima y popular; madrileños que pasan y se detienen junto á las ventanas bajas, Tomás Luceño, Luis Taboada, Lustonó, *Mariano* (que así llama todo Madrid al popularísimo Mariano de Cavia), Herranz, Matías Padilla, Luis Morote, Picón, Matoses, Thuillier, Dicenta, Fernández Shaw, Ricaaaardo de la Veeeega, Salaverría, el maestro Jiménez, Beltrán de Lis, Javier de Burgos, Miguel Ramos, Enriquito Romá, los Benlliures, Blasco Ibáñez, Blasco mi hermano, Justo Blasco, mi primo, Luis Royo, Rodrigo Soriano, Roure, Dorestes, Navarro Ledesma, Tomás Bretón, y tantos y tantos que constituyen el *todo de Madrid* inteligente y al que *detenemos* al paso para que en las ventanas bajas hagan corro y *se arme* polémica chismográfica de afuera adentro y de adentro afuera.

El pontífice máximo de esta reunión de la cervecería Inglesa es Leopoldo Cano, sin el cual la casa no existiría. Desde que la *fundamos* hace sus veinticinco años, mes más ó menos, nuestro gran autor no puede vivir sin pasar allí la tercera parte del día. Yo creo que si sus viajes y ausencias han sido siempre breves, es porque en ninguna parte podía parar, pensando en esta familia y este hogar en medio de la calle. ¡Pues no digo nada de Miguel Cornejo, y del *Regatero!* Miguelito siempre tan correcto y tan igual en la amistad; ha de ir á las doce, á las seis y las nue-

ve; su fidelidad es tal, que el general Lachambre la ha dicho con una frase, porque también Pepito Lachambre era de los fieles al rincón madrileño. Se fué á la Habana, al irse se despidió de Miguel Cornejo en la ventana baja. Volvió á los dos años, y en la misma ventana le encontró tomando su jarrito.—¿Pero hombre, Miguel, todavía no te has levantado de ahí desde que me fuí á Cuba?

El Regatero es una institución de la casa.

Es el *último calañés*, el recuerdo de una sociedad desaparecida. Vestido como hace cuarenta años, rodeado de duques y marqueses, amigo de todos, venerable por la edad y fiscal del Supremo de la afición, allí se le ha de ver todas las noches del año, de nueve á once, trajeado á lo majo, tomando su café y fumando su buen cigarro. Preside una reunión que es el reflejo de la nación española: nobles, artistas, literatos y toreros; todos unos. Es la historia del toreo hablada. Este año he de celebrar con él un triste aniversario; la lección de banderillear que me dió hace *treinta y seis años*, para una becerrada que dimos varios señoritos en la plaza de los Campos Elíseos. Tú te pones enfrente del toro. ¿Has comprendido? Sí.—Lo *alegras*, ¿has comprendido? Que sí.—Si no hace por tí lo alegras más aunque sea saltando. Hace por tí. Lo dejas llegar, te cuarteas y no tiés más que dejarlas caer. Ya lo sabes y vete descansao.

—Bueno. Y si me coje por medio me revienta.

—¡Eso es cuenta tuya!

Con esta lección salí; me echaron un becerro utrero, lo alegré, se arrancó, me metió la cabeza en la boca del estómago y estuve veintitrés días en la cama. ¡Hay acontecimientos históricos que no se olvidan!

La cervecería tiene sus horas de hombres célebres ó populares. A las once de la mañana, D. Francisco Menéndez Pelayo; á las doce, Cornejo, el marqués de Valdueza y el aplaudido autor de *Juan León*, obra escrita sobre el pensamiento del Regatero; á las dos, D. Antonio Sánchez Moguel, D. Manuel Gómez Marín, D. Manuel López, D. Laureano Camisón, que es uno de los ministros de aquel gobierno del mundo; á las tres, alcaldes de provincia, cesantes de alto bordo, romeristas entusiastas y batalladores, el doctor Mariani, Pepe Vallés, Alfonso Retortillo, empleados que vuelven de Filipinas, ganaderos de paso y curiales que gritan; á las seis... ¡Oh! á las seis es la reunión magna, es la hora de la alta política, de las discusiones acaloradas, de la batalla madrileña!

Allí se ven juntos y hablando todos á un tiempo, al conde de Belascoain, al marqués de Barzanallana, al conde de Giraldelli, Pepe Laserna, Leopoldo Cano, D. Miguel Romero, Angel Avilés, Santiago Liniers, Muguiro, D. Ramón Aceña, Ramón Montero, Rafael Gasset, el con-

de de la Encina, Francos Rodríguez, el doctor Guzmán Reparáz, los Urbinas, el marqués de Castrillo, Guillermo Rancés, el conde de Peña Ramiro, que gobernador y todo, no puede, el es imposible dejar de frecuentar su círculo de amigos... y por cima de todo, la voz del marqués de San Gregorio, á quien llamamos por afecto entrañable Marcelo Corral, y es, con Cano y Cornejo, el decano del rincón adorado.

Á todas horas, de día y de noche, han de venir á interrumpir la conversación de las ventanas bajas los mendigos, los sablistas, las billeteras, los vendedores de periódicos y la gitana.

Son así como unos amigos, que conocen personalmente á los *asiduos* de la casa. Los pobres piden limosna dando á cada uno su nombre. —Una limosnita, señor marqués.—D. Leopoldo, que no he comido. Los hay que *se meten* con los parroquianos, y al ver juntos á Laserna y Padilla, y otros, exclaman porque no se les escucha:

—¡Paese mentira que un escritor tan nombrao y un señor coronel, no den nada!

—¡Vaya usted mucho con Dios, insolente!

—¡Bueno, ya me voy; pero no *sois* como uno quisiera!

La gitana tiene el don de cortar diálogos, y mete la cabeza por la ventana á lo mejor del cuento y comienza con la eterna retahila de pi-

ropos,—¿Quiéres que te la echo, resalao? Vaya, que tienes ojitos de enamorao; ven acá, patitas de corregidor, que es *mester* que te la diga, que hay una morena muy regraciosa que te va á dar lo que tú no quieras; que por los churumbelillos que te lo digo.

La billetera de igual á igual con los grandes señores, y se presenta con la tira de décimos.—Buenas tardes, señor duque.—¡Hola, Petra!—Tómeme usted algo.—No quiero jugar.—Ahí se lo dejo á usted mientras voy á dar de mamar al niño.—Y allí, colgando de la ventana, se quedan los décimos, á cinco duros pieza, y si se pierden *es igual;* ¡cómo Madrid no hay nada!

A las diez de la noche, la cervecería queda desierta. Vendrá de Valdueza, aunque esté comiendo en casa de un grande su colega, por no faltar á la costumbre, y se irá enseguida á la soirée ó á la ópera. Vendrá infaliblemente Tassara, tan elegante, tan melancólico, vestido como si estuviera en París á tal hora; vendrán sin duda los dos Benlliures, Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano, y hasta que cierren, esta será la tertulia íntima, la última del día... Y á toda la jornada presidirá *Tomás,* encerrado en aquel mostrador que parece una tina, y dentro del cual está como la foca, hace veinticinco años. Y Castro, el viejo Castro, el eterno mozo, padre común de los parroquianos, nos negará paternalmente lo que ha de hacernos daño.—No le doy

á usted cognac; ya sabe usted que el señor Simarro se lo ha prohibido. Hay que conformarse, porque somos todos una familia, y Castro será tal vez quien nos cierre los ojos, que al fin

Cerca de Castro
que he de morir dice un astro
y otro dice que en la selva,

exclama el personaje de Zorrilla, y cerca de Castro, dada la vida madrileña, ¡moriremos todos... Á las doce, la casa de enfrente, la *Iberia*, alberga un solo grupo, madrileño como pocos, y compuesto de cuarenta personas, que están hace años hablando de toros, toreros y suertes, desde las diez de la noche, hasta las tres de la mañana, sin hablar *jamás* de otra cosa. D. Antonio Agustín, D. Antonio Abad, D. Manuel Castillo, llevan la palabra. Saben más de toros que los toros mismos. Se puede ir á oirles, por aprender siempre cosas nuevas; y en verano, y en aquella otra ventana baja, los pobres y las billeteras les oyen con atención y aun con devoción, porque es gente que si no va al tendido de los sastres, no puede enterarse más que allí de lo que hay que enterarse para ser madrileño de veras; y cuando habla Castillo, *¡boca abajo too er mundo!*

Las ventanas bajas de este centro de reunión del Madrid conocido, son la realización de la democracia moderna, la fusión de las clases, el

afecto *cristiano* entre grandes y chicos. Los pobres lo saben y por eso acuden á ellas á cientos. De este círculo de amigos faltan algunos, como falté yo quince años... Y todos los que se alejan es porque van á luchar lejos; unos por la vida, otros por la patria... Ahora se nota el vacío de aquel Lachambre, tan madrileño y tan heroico, que está allá lejos; de aquel *Fortunato*, á quien esperan todos para saludarle como patriotas de aquel Arolas, tan olvidado y tan digno de respeto... ¡Ya vendrán! Las ventanas bajas les esperan; Madrid tiene eso de bueno, ¡que no olvida á nadie!

Mayo 97.

LA PEPA

La Pepa es mi antigua portera. ¡Singular asunto para capítulo de un libro!—dirá quien lo diga. Téngolo por muy interesante, porque la Pepa en mis páginas íntimas es de primera intimidad.

La Pepa es ante todo una mujer de bien, aunque portera; y cuando al volver de Francia, he comparado yo su *chiribitil*, no mucho más grande que el espacio que le darán cuando se muera, con aquella portera de mi casa de allá, que parece el salón de algunos particulares de aquende el Pirineo, he sentido por ella más afecto aún que antaño.

Sin sol, sin luz y sin moscas, guisando su estofado en el relleno de la escalera tarareando un cantar madrileño y volviendo á meterse en aquel antro diminuto, mezcla de calabozo y zapatería de viejo, allí está la que diez años há me daba consejos y ahora me ha dado abrazos; por-

que para mí, casi casi, constituye parte de la mermadísima familia.

¡Qué alegría la suya al verme aparecer en el portal después de larga ausencia! ¡Y qué pasión de ánimo la que á mí me dió al encontrarme frente á frente otra vez de la honrada vieja!

Y allí no hay cumplidos, ni palabras demás, ni rodeos poéticos para decir las cosas. Una silla en el mismísimo portal, entre la Pepa y su marido, exguardia de orden público, y junto á una vecina; todos ¡ay! contándome cosas de mi madre y haciéndome palpitar el corazón y arrancándome lágrimas del alma.

—Porque mire usted, cuando la señora bajaba despacito, despacito, las escaleras, que retemblaban con su peso, ya estaba yo á darle bromas á la pobrecita... ¿Y á qué no sabe usted por qué bajaba? Pues á buscar antes y con antes la carta de su hijo; porque á ella se le figuraba que bajando los 80 escalones, llegaría antes el cartero y sabría de usted. ¡Vamos, le digo á usted, que el día que salió para Francia, Gómez... lloró!

Y Gómez, grande como un gigante, sentado allí, en mangas de camisa, junto á nosotros, se enjuga los ojos con el dorso de su enorme mano.

La Pepa me cuenta todo lo que la madre no me escribía, sus afanes, sus impaciencias, los comienzos de la enfermedad... El día de los agui-

naldos me quiso dar una peseta; *pus miste*, ¡no la quise! Y se da una gran palmada en la rodilla...

Y aquella peseta rehusada, así, de mala manera, contrasta de tal modo por su cariñosa disimulada expresión, con las pesetas solicitadas aún en los momentos más amargos de la vida, por nuestros antípodas morales los franceses. Hay en esta vida de confianza y de franqueza españolas, que convierte á todos los individuos de un barrio en una familia, algo á que no pueden llegar los habitantes de las grandes capitales de Europa. Y ese algo es el fundamento de las pasiones nacionales que en momentos determinados admiran al mundo. El amo, amigo del criado; la portera, llorando la muerte de la vecina; el conocido, prestando servicios al que no se los ha de agradecer... ¿Pues no es esta la cohesión, madre del patriotismo?

Y vuelvo á mi Pepa.

Es vieja, ella, alta, ella, canosa, ella, como dicen las de su clase. Con su moño pelado y su pañuelo al cuello, limpia en su modestia y comunicativa como pocas, me parece á mí cosa propia la tal, y me complazco en contemplarla y en evocar recuerdos del cuarto piso, de aquel cuarto piso donde madre regaba los tiestos dejando caer con su mano temblona el agua á las aceras.

Y la Pepa se ponía furiosa.

—¡Quién me diera á mí verla ahora, aunque *me* echaran la multa!

Allí están las ventanas donde los pájaros cantaban al ver venir por la calle del Arenal á la viejecita de vuelta de misa. La primera persona que salía á recibirla era la portera, con su escoba en la mano...

—Buenos días, señora.

—Buenos días.

—¡Lo que es hoy el cartero, ya no vendrá!

Y al oirla suspirar, soltaba la Pepa la carcajada y sacaba del bolsillo la carta impregnada con la pringue del tocino comprado por la mañana y guardado aún en el bolsillo.

—¡Qué quiere usted! ¡A modo que me gustaba hacerla penar!

Y en aquella portería, en el sitio mismo donde se la ponía la silla á la enferma del corazón, en la misma silla quizás, hágole yo á la Pepa el *interview* que los poderosos de la tierra temen á veces.

—Pepa.

—Señorito.

—¿Qué opina usted de estas cosas?

—Que el pan cada día está más caro.

—¡Ahí le duele!—observa su marido.

—¿Cree usted que caerá el Gobierno?

—Todos tenemos que morir.

—¿Pero pronto?

—Si usted oyera lo que dicen en la plazuela...

—¡Ahí le duele!—repite el portero.

—Diga usted, Pepa, y si hubiera guerra, ¿usted qué haría?

—¡Echar agua hirviendo por la ventana!

—¿Y cuántos soldados cree usted que hay en España?

—*¡Pus* tantos como hombres!

Gómez y su señora, ó lo que es lo mismo, la portera y su hombre, no quisieran dejarme salir nunca del umbral de la puerta; y yo no quisiera marcharme nunca, porque aquel portal me parece el salón de una gran señora.

La otra mañana, para recordar mañanas de otras veces, pasé por la portería á tiempo que las campanas del templo vecino tocaban á misa.

Me parecía ver salir al alma de mi alma andando despacio y con su libro de oraciones en la mano, dejándome durmiendo el primer sueño después de la noche pasada haciendo versos.

La Pepa cantaba, acompañándose con la escoba y su *chis chis* inolvidable:

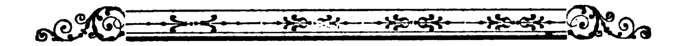
> La aduana es móbile
> cual pluma al viento,
> muda de asiento
> con Monpensier.

Las ventanas del cuarto piso estaban abier-

tas; no había en ellas ni pájaros ni flores... La portera me pareció la última persona de la línea materna.

¡Lo contenta que ella se pondría de haber salido en los papeles!

Pero la pobre amiga se murió el mes pasado...



LA MURGA

Allí estaban! Les ví. ¿Qué digo les ví? Les adiviné, medio ocultos en el pasadizo de la puerta falsa de San Luis... Eran ellos, los cuatro embozados, por bajo de cuyas capas asomaban el figle y el cornetín que celebran todos los acontecimientos de familia...

Eran ellos, los murguistas madrileños, institución secular que no cae, último resto de la musiquilla de nuestros mayores...

Tipo nacional, esencialmente madrileño, este profesor callejero ha sido el indicador de mis alegrías, aunque, para darme tono, haya dicho en muchas ocasiones:

—¡Que les den un duro *á esos hombres* y que se vayan!

—¡Hipócrita!—me dice ahora una voz interior, que es la del patriotismo que se despierta después de la ausencia.—¡Hipócrita! ¿Dónde has encontrado tú media docena de hombres

que estén siempre pensando en tí, cuando te casas ó cuando te ascienden, cuando cumples años ó cuando te nace un hijo? ¿Qué puedes decir? ¿Que tocan muy mal? ¿Que el figle te da dolor de estómago, y que el cornetín te pone carne de gallina? Pero, ¿y la satisfacción de que por *medio triste duro* sabes que anoche hubo quien, al leer el calendario, dijo:

—En tal parte vive don Fulano, que se llama así y que es generoso...

Porque los murguistas no acuden á donde saben que no les darán nada.

¡Ah! La murga suele ser en más de una ocasión un gran consuelo; por ejemplo:

Yo tenía lo que se llama en el lenguaje político-administrativo una alta posición, allá por el año de no sé cuántos.

El día de mi cumpleaños se llenó mi casa de gente: los oficiales, los auxiliares, los porteros y los pretendientes, los futuros electores, los parientes que esperaban algo de mí. Llovieron los regalos, las tarjetas, ¡qué sé yo! Casi era para creer en la sinceridad de las afecciones humanas.

¡Al fin de aquel año,.. caí! Todos caemos. La alta posición se la llevó el diablo. Llegó el día del cumpleaños... ¡La campanilla de mi casa crió telarañas aquel día.

¡Qué soledad! ¡Qué decepción! ¡Qué doloroso contraste para quien no supiera atenerse, como

yo sé, á lo que da de sí esta pobre humanidad, que hasta en sus olvidos es desvergonzada!

Pero, por la noche, cuando, al amor del fuego, meditaba yo sobre la instabilidad de las cosas humanas, sonó en la calle, á la puerta de mi casa, una *Marsellesa* de doce reales, de las más irritantes que imaginarse pueda...

¡Eran ellos! ¡Los músicos de la calle! ¡Los primeros que se acordaron de mí! ¡Los únicos! Cuando, al día siguiente, recordé que sólo les había dado tres pesetas, sentí ganas de llorar. Aquellos hombres me parecieron dignos de mejor suerte.

Y lo son, sin duda ninguna.

¿Acaso no pasan la vida viendo la felicidad ajena?

¡Agréguese á eso que tienen que celebrarla *á traición*, es decir, ocultándose en el rincón, y saliendo de pronto por *peteneras* ó por himnos patrióticos!

Gente discretísima, que sabe dónde hay que tocar el *Trágala* y dónde aquella música que, cantada dice:

«Si Torrijos murió fusilado,
no lo fué por cobarde ó traidor.»

Ellos han visto nacer á toda una generación. Los primeros amigos que el hijo de Madrid encuentra á su paso al venir al mundo, son los murguistas, que le esperan á dos pasos de la

pila bautismal para darle la bienvenida á piporrazos. ¡Cuántas novias que han conocido solteras, y cuyo himeneo han celebrado con la jota de *El postillón de la Rioja,* han oído después la misma música, al pie de sus balcones, celebrando el primer hijo con el *wals del beso!*

Los empleados recién nombrados, los comerciantes recién establecidos tienen que contar siempre con ellos; y las niñas y niños del barrio les deben de querer muy bien, porque les proporcionan improvisados bailes...

Yo no concibo premio gordo sin murga; sería como una ópera que sólo tuviera libreto. Allí donde la fortuna se cuela por las puertas, la murga se cuela también. En las bodas pobres, allá por los barrios bajos, el organillo ha venido á hacer gran daño á esos cuatro pobres hombres, nacidos para soplar en alabanza de los dichosos, mientras ellos comen malamente en el escondido figón, donde alguna vez he visto, al pasar, un figle apoyado contra la pared, junto á la mesa en que el artista malogrado come, de espaldas á la calle, las prosaicas judías.

¡Pobre hombre! Debe soñar con éxitos, y bailes, y bodas, y billetes de la lotería... ¿Se puede dar misión más noble que la del que vive persiguiendo dichas ajenas?

Un madrileño que siempre está de buen humor pasó una larga temporada haciendo padecer á esos cuatro profesoros ambulantes.

Donde quiera que los encontraba dando su concierto, sacaba del bolsillo un limón, y se lo comía delante de ellos.

Es claro, á los pobres hombres les daba tal dentera, que no podían tocar.

¡Hombre sin entrañas!

EL COLORADITO

SE ríen algunos cuando digo por teléfono que me envíen del *Continental expréss* un niño colorado.

Los llamo yo así para distinguirlos de los niños blancos, ó rubios, ó trigueños que no hacen nada, que son, ¡felices ellos! niños y nada más.

Aquel *Manolín*, de quien tanto hablé y á quien estoy preparando para la escena; aquel prototipo de la infancia sin juegos, del niño sirviente, tiene muchos, demasiados parientes. Estos niños encarnados de Madrid deben ser todos primos hermanos suyos.

Mi Manolín sirve en casa grande; es el *groom* de lujo, el adorno del salón ó del pescante del coche.

Los niños encarnados son carteros, recadistas, peatones, recorren Madrid en todas direcciones, con calor, con frío, con la lluvia, con el sol de Agosto.

No puede haber sensiblería en el interés que me inspiran, supuesto que me sirvo de ellos á cada paso, y declaro que este servicio madrileño de recadistas ó recaderos, ó como se llamen, es de lo mejor montados del mundo. En París, con ser ciudad tan adelantada, no existe. Solo en los Estados Unidos creo que haya algo así.

Y es de notar la exactitud, la fidelidad con que cumplen con su deber. Nunca les he tenido que acusar de retraso y sabe Dios los motivos que á su edad se encuentran en la calle para distraerse y olvidar la prisa del encargo!

Se disputan al que llega primero al despacho para cojer la carta ó el paquete y llevarlo en seguida. Dijérase que tienen prisa de agradar. Decía el barón de Rosthchildt que los cargos de gran confianza deben darse siempre á gente joven. La juventud es menos dada á engañar que la vejez. Casi todos los cajeros que se escapan con fondos pasan de cuarenta años.

«Mejor guarda millones un muchacho—decía—que un hombre hecho y derecho. La juventud tiene del honor una idea caballeresca; á cierta edad, á las pasiones sucede el amor del dinero.»

Pues la infancia también es fidelísima. Todos los secretos que guarda y transmite el telégrafo, los llevan y traen niños, muchachos de diez á quince años, en todas las grandes capitales. Preguntad á los curiales y os dirán que los pro-

cesos más graves, las causas criminales, cuya pérdida sería gravísima, las llevan del Abogado al Procurador ó de éste al Escribano, los chiquillos aprendices de cuervos. Mañana serán tal vez crueles; pero de niños, cumplen su misión, sin faltar nunca á ella.

Niños ayudan á misa y suenan la campanilla en el solemne momento de la elevación; niños cantan en el coro; niños son los que en la batalla dan el paso de ataque y mueren, corneta en mano, junto al caballo del coronel; niños los que en las santas casas trabajan las mil cosas que son de uso necesario en la vida corriente; niños son los guías del ciego, los vendedores del periódico, expresión del progreso moderno; niños trabajadores todos; mientras hay tanto grande vago, sin oficio ni beneficio, jugando sus rentas ó bebiendo fiado, ó educados con lujo ó lujosos sin fortuna. La humanidad es muy injusta, y de la infancia nos ocupamos todos muy poco, porque cada edad pide lo suyo.

Estos niños colorados, tan limpios, tan correctos, que ni fuman ni escupen, como la gente grande, y trabajan de sol á sol para servirnos á todos, serán, sin duda, felices, de haber hallado, á la edad en que otros, en nuestra desequilibrada sociedad, se mueren de hambre, una situación, un uniforme vistoso, un sueldecito para que sus madres se ayuden. Nadie podrá decir, que responden mal, ni que se permiten

ninguna observación, ni que dejen de saludar y hablar con respeto á todo el mundo. Como he corrido mucho mundo, permítaseme hacer una observación, y no la tome nadie á ofensa. Parecen criados extranjeros.

No tengo secretos, desgraciadamente. Desgraciadamente, porque en todo secreto hay amoríos ó dinero, y de ambas cosas dí mi dimisión tiempo há; pero si los tuviera no vacilaría en confiárselos al niño colorado, á ese que guarda cuidadosamente la carta urgente que le damos, y va con formalidad de hombre y con prisa de amigo á llevarla á su destino.

¿Y qué le damos en cambio? Á esto quería venir á parar al hacer mi crónica de hoy. ¡E niño encarnado no tiene grandes beneficios!

Y, sin embargo, si de veinte ó treinta cartas que reparte al día recibiera por cada una diez céntimos de propina, tendría dos pesetas diarias más. ¡Dos pesetas! En una pobre son un capital, una renta importante...

Al mozo del café, por venir del mostrador á la mesa con un bok, le damos eso; al camarero del restaurant, al mozo del ferrocarril, á todos los servidores grandes, les damos algo. ¿Por qué no hemos de acordarnos de los criados niños.

Me trajo una carta anteayer uno de estos muchachos; le dí diez céntimos. Se quedó mirándome con cierta extrañeza.

—¿Qué miras, *coloradito?*

—Muchas gracias—dijo poniéndose colorado del todo.

—¿Pero por qué me miras así? ¿No os dan propina todos los parroquianos?

—No, señor.

¡Ya adivinaba yo lo que quería decirme! Sin duda que les está prohibido. Bueno. Nadie puede prohibirme á mí dar diez céntimos de gusto á nadie, y no voy á ir á contárselo al amo; y si lo cuento aquí, es para implorar de todos mis conciudadanos que se acuerden de que estos niños rojos trabajan mucho.

Además, había sinceridad en aquel *no* del chiquillo. Acaso no esté acostumbrado á que le den nada...

Decía un famoso dueño de restaurant que no hay nadie más avaro que el público. El millonario discutirá siempre cincuenta céntimos de una cuenta de buena comida. Á los más ricos les duele más la propina, y la dan más escasa que un cualquiera. Dan limosna *en grande, que se publica,* señoras y caballeros, á hospitales, cofradías, asilos y casas de caridad, así, *á bulto,* en general, sin saber á quién ni conocer á los que favorecen. Les pide limosna un pobre en la calle, y le envían á paseo. Con las propinas sucede lo mismo. Se dan por costumbre, sin razonarlas, como cosa corriente. En la prisa de enviar una carta urgentísima, ó de abrir un sobre

que trae letra de la novia ó del agente de Bolsa, ó del personaje político, el más generoso dice: «Está bien». Y el niño da respetuosamente su media vuelta; acaso ha perdido una ilusión. Por algo se empieza.

Y entran en el gran comedor de un restaurant, ó en la sala de un teatro, ó en la cocina del rico, marcando una nota alegre con sus chaquetillas rojas, y nos ven comer cosas que ellos nunca probarán, ó nos hallan oyendo música que ellos no pueden oir, ó han de contemplar en el ancho hornillo el pollo dorado del que comerán los criados que le dicen por toda respuesta:—Está bien, no hay contestación.—Y se van, y vuelta á empezar.

¿Quién no puede tirar diez céntimos en Madrid, en este Madrid de las carreras, y de las óperas, y de los toros de beneficencia?

¡Oh, vosotros, madrileños felices, acordáos del *coloradito!*

¡Quién sabe si alguno de ellos, al entrar en la casa del fastuoso libertino, ignorará que entra en su propia casa!

Mayo del 97.

COCHE POR AÑOS [1]

Uno de los tipos populares de mi predilección en la madre patria, es el cochero. Porque el cochero de Madrid no se parece á otro ninguno.

Dicho se está, que en dicha elevada posición, no suele abundar la buena crianza en ningún país de la tierra; en París, en Londres, en Viena, tomar un coche equivale á tomar un disgusto. Ya se sabe que el fin de la carrera será una discusión grave, tal vez una intervención de la autoridad, acaso un garrotazo...

Pero en Madrid, el acto de trasladarse de un punto á otro, tiene algo de familiar que me encanta. No hay más desazones que las inevitables entre personas que no saben entenderse, y

(1) Traduje este artículo para *La Revue Illustrée*, de París, y lo ilustró el eminente artista español D. José Jiménez Aranda.

dijérase que nuestros cocheros han tomado con cierta resignación el desnivel social que á mí me da mucho qué pensar...

Porque el hecho es, que después de tantas revoluciones y del indudable progreso de la humanidad, todavía hay millones de millones de reyes de la creación, que por el módico precio de dos pesetas, llevan á su prójimo sentado y entre cristales, de un punto á otro, aguantando la lluvia y la nieve... Yo supongo que los grandes reformadores sociales no han sabido evitar la amargura que debe causarles obligar al sér humano, podrido de derechos, á que los lleve á casa...

Pero no se trata de despertar las malas pasiones, como dice la prudencia conservadora. Digo y repito, que el cochero de esta, mi tierra, me resulta mejor que el de otras; y lo pruebo.

En primer lugar, le tuteo, no sé por qué, pero me atrevo á ello, y si él no me tutea á mí, será porque no tiene conciencia de que está más alto.

Suele tener, en cambio, conciencia de su triste misión.

Viajero curioso, patriota empedernido, quiero lanzarme á recorrer este pueblo adorado.

—¡Cochero!

—¿Qué hay?—dice él mirándome (forzosamente) de arriba abajo.

—Vamos á dar una vuelta por ahí.

Y él, cogiendo con cierta pereza las riendas:

—Si viera usted qué pocas ganas tengo yo de dar vueltecitas...

Esto es verdaderamente nuevo y no se oye en ninguna parte, ¡y en eso consiste su encanto!

Como quien hace un favor, se dispuso á andar y se arregló la capa.

Y eso de guiar con capa, ¿dónde se ve? ¡Solamente por la dificultad merece pagarse más caro.

—¿A dónde vamos?

—Pásate por la iglesia más cercana.

Aquí el cochero lanzó al aire el nombre de algo que en anatomia se llama de un modo y en el arte culinario de otro.

Y echamos á andar.

La niebla puso velo á los cristales; al poco rato el cochero tocó en los de delante.

Abrí y me asomé.

—¿Le gusta á usted ésta?—dijo mi hombre.

Bajé y entré en el templo: me atraen estas iglesias españolas, con sus tiras de estera y sus misas dichas para siete ú ocho mujeres con mantillas ó pañuelos en la cabeza, la capilla lateral donde el cura está dando la Comunión, los pobres harapientos á la puerta...

Cuando salí me encontré al cochero haciendo un cigarrillo.

—Serrano, 40.

Y sin la menor prisa:

—¿No es en casa del Sr. Castelar?

—Eso es.

El cochero pegando el papel con la lengua:

—¡*Ese* si que tiene letras!

—Bueno, pero anda.

Y entré de nuevo en mi cajón. El cochero continuó la marcha muy despacio. En su misma dirección venía otro coche con otro desgraciado dentro. Los dos cocheros se pusieron á hablar de pescante á pescante.

—¿*Ande* vas?

—A Recoletos.

—¿No tendrías un misto?

—Hombre, tenía una caja y se la he *dao* á un parroquiano que *tié* mala memoria.

—Aquí hay un estanco.

—Voy yo también por una.

Saltan los dos cocheros á tierra, y nos dejan á los dos parroquianos mirándonos muy tristes.

Yo me atrevo á hablar, y saco la cabeza por la ventanilla.

—¿Pero ha visto usted una cosa igual?

El otro.—Yo, no: ¿y usted?

Yo.—¿Si echáramos una partidita de ajedrez mientras vienen?...

Pero al fin, vienen, y suben entrapajados en las capas y dan un fustazo á los respectivos caballos.

Los coches siguen á la par, y siempre al paso por supuesto.

—Pues sí, chico, dice el mío, le dí dos bofetadas que la reventé.

—¡Anda y que la peinen!

—¡Ya me llorará!

Me asomo desesperado á la ventanilla.

—Hombre, ¡el que está á punto de llorar soy yo! ¿Quiére usted ir á la calle de Serrano, ó no quiere?

Fustazo y chupada y bocanada de humo.

—Ya voy hombre, ya voy, ¿tampoco se puede hablar?

El coche va un poco más deprisa, llegamos á la calle de Alcalá, vienen por ella corriendo pelotones de chicos que gritan:

—¡La lista grandeee!

El cochero se pone de pie, busca dos cuartos en el bolsillo; para, por supuesto, al caballo...

—¡Eh, chico!

Le traen la lista, va á sacar un décimo y consultar diez y seis mil números... ¡Hombre, *por Dios*... anda! le digo.

No se incomoda, ni se altera. Esta vez me alarga el décimo y la lista, y dice, dando en seguida un latigazo al penco:

—¡Haga usté el favor de ver si hemos agarrao algo!

¡Ya esto es otra cosa! Prefiero leer los núneros con tal del que se me conduzca á donde leseo. Pero con el movimiento del simón, los .úmeros se me montan unos encima de otros y

no veo claro... parece, sí, que el amigo de delante no ha ganado por *un punto*, pero no estoy seguro. El coche se para, es ya tarde, dejo décimo y lista en los almohadones, salto al suelo, subo los escalones de dos en dos... ¡Maldito cochero!

Mi visita dura más de lo que yo creía, y cuando bajo encuentro á mi hombre rodeado de un guardia, una niñera con dos chiquillos y un vendedor de santos de yeso.

—¿Qué ocurre ahora?—digo.

—¡Miste, miste!

—Y la niñera añade:

—¡Jesús, que tío potroso!

El cochero ha ganado cinco duros con el número mil ochocientos sesenta y ocho, que lo toman siempre entre seis amigos y lo van *persiguiendo* porque dicen que en aquel año se declaró al hombre libre, cosa que me choca muchísimo.

—¿Qué me importa á mí de todo eso? le digo; vamos á hacer la cuenta: ¿A qué hora *te tomé*?

—Pues eran... eran... no sé. Usted verá.

—Creo que eran las diez.

—Pues serían.

—Ahí tienes.

—Salú. ¿Quiuste que lo deje en cualquier parte? por una miaja más...

—¡No, hombre, no!

—¡Ande usté, que el gobierno paga!

Y me hace subir. Y vuelve á arreglarse la capa, y á coger las riendas, y á andar al paso, cantando por debajo del embozo de cuadros azules que parecen azulejos:

Al gobernador de Cádiz
le ha dado por la finura,
y le ha puesto campanillas
al carro de la basura.

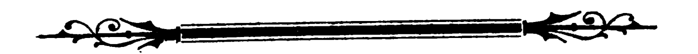
Y cuando á él le da la gana se para, nada menos que delante de un puesto de agua, y dice como si nos hubiésemos conocido en la escuela:

—Puñales, ¡va usté á tomar algo á la salú de la lotera!

Entre darle una bofetada ó aceptar, opto por lo segundo á riesgo de que pase alguien y crea que estoy sobornando al pueblo por cuenta de esa revolución que nunca llega; porque, bien considerado, ¿dónde hallaré otro cochero como éste? Le pregunto su nombre, y dice que se llama... ¡Corredor!

¡Esto sí que no me lo esperaba!

Octubre de 1885.



LA CARRERA

CASI todos los madrileños que salieron anteayer á la calle, lo hicieron sin duda alguna con objeto de ver la corte, los coches antiguos y los cocheros empolvados, y los çaballos con penachos de todos los colores. ¡Oh, qué bonito! Los que han estado en París recordaban las noches del Hipódromo...

Pero pocos serían los que salieran como yo, á recorrer eso que en Madrid llamamos *la carrera* y que no tiene igual en el mundo. Poco me importa llegar tarde ó temprano á ver lo que en días tales ha de pasar por enmedio; pero la carrera me interesa extraordinariamente, sobre todo cuando la alumbra este sol brillantísimo de Madrid. En ninguna capital existen ya ni la procesión que pasa por el centro de la ciudad, ni la entrada ó salida tan frecuente de reyes, ni la apertura de Cortes con todo el aparato que la España requiere... Es, en fin, el

nuestro, un pueblo, en el que cada seis meses ha de suceder algo extraordinario que exige la formación de las tropas, la aparición de las colgaduras en los balcones, la presencia de esas espectadoras que sólo se ven una vez al año... de modo que la carrera es una manifestación nacional sin preparaciones, con un local encantador.

Todo es risueño, alegre, en tales ocasiones. El cielo azul, los tapices y colgaduras blancas, rojas, amarillas, ya sean banderas nacionales ó escudos de armas de casas solariegas. Nuestra bandera, dicho sea sin ofender á las demás' es la más simpática de todas. A un patriota sincero que no la ha visto en mucho tiempo, no puede menos de alegrarle el alma, y en estos días de fiesta con sol, por donde quiera que se pasa, va recreando la vista y animando el paseo.

¿Y las mujeres llenando los balcones, cubiertas las cabezas con la mantilla que no sé quién les ha aconsejado cambiar por el sombrero traspirenáico, que no va bien sino á rostros franceses? Desde una hora antes de la procesión que ha de pasar, ya van apareciendo aquí y allá caras bonitas y ojos españoles; se ven en todos los pisos sombrillas de mil colores y abanicos que aletean como las mariposas. A lo lejos suena la charanga, y van acudiendo los soldados á paso doble, deteniéndose á la voz de mando y abriéndose la masa de hombres en dos filas para formar la carrera.—¡Descansen... arr!

Ya están ahí; los niños corren al balcón, la gente se repliega á la acera; por entre los huecos que los soldados dejan, cruzan y pasan los transeuntes, las familias que van á tal casa dándose prisa; el marido, la mujer y las dos amas con los niños al hombro... todo el mundo vestido de día de fiesta, y contrastando con el público de otras capitales extranjeras, en las que el tono general del vestido es obscuro, vénse aquí los trajes de color, los embozos colorados de las capas, los pañuelos de seda blancos ó rojos tapando el alto moño de las buenas mozas de la tierra...

¿Qué militar español no es mujeriego? El comandante que va recorriendo la línea á caballo, levanta la cabeza á derecha é izquierda para no perder la ocasión de ver el personal bonito de las ventanas. Varas militares, que hacen siempre rasgón, y puestas con la formalidad que el caso pide...

Los soldados... á esos hay que oirles hablando en voz baja y dando su opinión sobre las *barbianas* que pasan. No dejarán ellos de echar sus *flores*, así sepan que los han de fusilar mañana temprano.—¡Vaya usted con Dios, número uno! —¡Valiente mujer *estáis!*—¡Benditos sean los colorcitos aceitunaos, que nunca pierden!—¿Me deja usted pasar?—dice una.—Pasao estoy yo y no me se conoce.—Señora, aquí hay un hueco pa usté.—Y otro, más difuso, dice volviendo la

cara para ver á una que pasa detrás de él:—¡Buena personita pa los *endevidos* que ar respaldo se expresa!

Entretanto ya se va llenando la calle de pañolones y de *moños tiesos*. Van y vienen esas que se cogen el mantón ceniciento con la mano derecha y se tapan la boca con él mientras que el pañolito colorado les cae hasta los ojos.—¡Jesús, hija, y que *sobá* va una á salir, paece que no hay calle... ¡ni las tentaciones de San Antonio!

—¡Mira el *Rafél* que hace como que no ve; á la hora del rancho me lo dirás!—No vayas á estorbar la formación, mujer.—¡Cuidao con el tío Malqueda!—¡Miá que haber yo pasao malas noches por *eso!*

Y detrás, el desocupado de todas las fiestas, el madrileño sin oficio ni beneficio, pero siempre limpio y bien peinado, con el sombrero lustroso y el cigarro en la boca, y su capita de vueltas blancas y rojas con el embozo á medio echar para que se vea la corbatita...—¡Adiós, niña! —¡Ay qué *proporción* que nos ha salido! ¡Dejusté pasar, hombre, que parece usté un milagro e cera comido de moscas!

La corneta suena á lo lejos el punto de atención; los soldados se agitan involuntariamente. Pasa un oficial de Estado Mayor, á caballo, seguido de un ordenanza, la gente se aparta, los balcones se abren, las caras bonitas se adelantan ó se inclinan, vénse en todaslas casas cabe-

zas juntas, niños, flores, gemelos y abanicos; en la calle, ya llena, alternan el cura y la chula, el hombre grave y el *guasón* que ha de reirse de cuanto vea, las niñeras y los comerciantes que están delante de la puerta, de pie, encima en las sillas. Suenan las campanas.—¡¡Firmes!! y las culatas chocan en el suelo...

—¡Ya está ahí!—¿Qué?—¿Quién?—¿Qué más da? Procesión ó coronación, entierro ó jura, ello será lo que quiera; pero su encanto principal está en el marco, en esa calle estrecha y larga y mal alineada con sus balcones volados y sus rejas salientes, cubiertos de telas de mil colores, en las que domina el rojo y el amarillo, símbolo de nuestras glorias y de nuestros grandes recuerdos nacionales: con sus transeuntes que todos se conocen y se hablan, como si la población fuese una sola familia, cambiando saludos y apretones de manos, y piropos, y sonrisas... Es la *carrera*, es Madrid, es la patria en la calle, tomando el sol y riéndose de todo y sin pensar en el día de mañana...

Enero, 1886.

¡500.000 PÁJAROS!

Los transeuntes se detienen ante el escaparate de Alvarez, calle del Príncipe, esquina á la del Prado.

En un gran lebrillo, colocado en medio, admira el pueblo una verdadera montaña de pájaros fritos, manjar muy madrileño.

Podrá haber doscientas docenas por la mañana. Al dar las once de la noche ya no hay ninguno.

Madrid devora pájaros. Todas las clases sociales acuden al establecimiento aquél á comprarlos. Ricos y pobres son aficionadísimos á comerlos. Y como este es un asunto de crónica esencialmente español, quiero ocuparme de él con el cuidado que merece, porque se trata de algo muy importante, es decir, lo sería si á los pañoles no importaran algo las cosas de imrtancia.

Le pregunté al honrado industrial, que ha

hecho una fortuna con los pájaros fritos, cuántos venía á vender por año, y me aseguró que en el pasado la venta pasó de *treinta mil docenas*.

A veinticinco ó treinta céntimos cada pajarito, calcúlese lo que esa venta significa.

Yo me alegro mucho por Alvarez, que es amigo mío y le admiro por haber tenido en los principios de su vida comercial la idea de establecer comercio tan productivo; pero lo que me asombra y no me cabe en la cabeza es cómo ningún Gobierno ni Ministro de Agricultura ha pensado en esto. ¡Verdad es que si los ministros pensaran, otro gallo nos cantaría!

No es la casa de Alvarez la única que en Madrid vende pájaros fritos. Hay muchas. Y si en la de que me ocupo se han vendido en un año *trescientos sesenta mil pájaros*, no será exagerado suponer que entre todas las demás han vendido ciento cuarenta mil En una palabra, puede calcularse en *quinientos mil* el número de pájaros de todas clases que la población madrileña se come en un año.

¿Dónde se matan tantas avecillas y tan útiles para el campo? No hay país europeo en el que esto suceda.

En los alrededores de Madrid, en provincias donde hay árboles, en Extremadura, especialmente, es donde se hace tal caza á España. De todas partes se envían á las tiendas madrileñas

pájaros para freirlos, lo cual prueba que el pájaro es objeto de una verdadera persecución.

Alondras, gorriones, vencejos, ruiseñores, jilgueros, todo lo que se puede matar se mata, y se vende y se come.

¡Realmente somos únicos en el mundo en el odio que tenemos á los animales!

Del toro, que es principal elemento de la agricultura, hemos hecho una fiera para martirizarla y matarla en público. Al caballo, que ha servido al hombre en la guerra, en las faenas del campo, en la locomoción, le destinamos, en su vejez, á ser despedazado en la plaza, con espantoso fin.

Molemos á palos al asno pacífico y bondadoso, al más humilde de los brutos que nos sirven. Y al pajarillo, encanto de los campos, le perseguimos sin piedad *para comérnoslo*. Por eso cada año hay menos y acabarán por desaparecer de nosotros, pues entre los que matamos y los que tienen el instinto de que nuestra tierra les es enemiga y la van conociendo, quedarán los campos sin sus habitantes alados, que son muy necesarios, ¿qué digo necesarios? Indispensables. Llaman en Francia á la alondra el *pájaro nacional*, y hay verdadera veneración por ella.

Michelet, el autor inmortal de aquel libro traducido á todos idiomas, que se llama *El pájaro*, dice:

«La Naturaleza parece haber tratado severa-

»mente á la alondra. La disposición de sus uñas »le impiden colgarse de los árboles. Duerme en »tierra, sin amparo ni abrigo. ¡Qué precaria »vida la suya en el momento de la gestación! »¡Qué de cuidados y de inquietudes! Cubre los »huevecillos á toda prisa, á toda prisa cría los »temblorosos hijos. Pero el pájaro nacional, ape- »nas ha cumplido con su misión, recobra su se- »renidad, su canto, su indomable contento... Es »la hija del día. Desde que alborea sale de su »rincón, eleva el vuelo, lleva al cielo el himno »de su felicidad. ¡Santa poesía, fresca como la »aurora, pura y regocijada como el corazón del »niño! Su voz sonora es la señal para los sega- »dores:—Despertad—dice el padre—¿no oís la »alondra que canta? La alondra les sigue, les da »valor para el trabajo, y en las horas de calor »les invita al sueño, ahuyentando á los insec- »tos...»

Esta poesía es incapaz de sentirla un pueblo en el que once millones de habitantes no saben leer ni escribir, ni comprenden otro placer que el de *matar* algo: hombres, toros, caballos, pájaros. Nuestra raza es feroz, por lo mismo que es, en su mayoría, ignorante.

Recuerdo siempre aquellas mañanas de verano en los restaurants de la Avenida de los Campos Elíseos... Los gorriones se acercan á las mesas confiados, seguros de que nadie les hará daño; el público que almuerza allí les obsequia

con migas de pan ó de bizcocho; llegan casi á besar los pies de la gente...

En Colonia, en el Hotel del Norte, los pájaros, amigos de los viajeros, vienen descaradamente á posarse en una esquina de la mesa ó en el respaldo de la silla..... En cierta ocasión, almorzando allí con Sarasate, presencié este hermoso espectáculo de la civilización, que aquí hará reir tal vez al lector, si éste es aficionado á tirar serpentinas sin desliar para matar señoras. En Suiza, cuando yo iba á sacar de sus colegios á mis hijos, les decía siempre: «Vamos al hotel; tenemos muchos convidados...» Y los niños veían que nuestros convidados eran los pajaritos del parque del hotel, que venían á comer en la mano... Hasta que lleguemos á este grado de progreso en las costumbres, han de pasar muchos años...

Ya sé yo que decir estas cosas es perder popularidad, del mismo modo que el ganarla consiste en aplaudir y declarar eminentemente españolas todas las ferocidades que aprendemos desde niños en plazas de toros, y alardes de valor que consisten en darse los hombres de palos ó de navajazos. Pero el deber del que escribe para el público es decirle la verdad y en tratar de dulcificar las costumbres, porque en las costumbres, y no en las leyes, hay que buscar las reformas que regeneran á un pueblo. Y mientras aseguremos que somos católicos y caballe-

ros, y al mismo tiempo vayamos á ver si el toro mata al prójimo, ó apedreemos con rollos macizos de papel á las mujeres, no seremos (como dijo con profundo sentido Fernández Flórez hace ya años), no seremos provincia de Europa.

1902



GENTE DE PAZ

CADA vez que vuelvo á Madrid, comienza á salirme al paso en todas partes la lógica é inevitable serie de comparaciones que producen nuevo fomento al sentimiento nacional.

¡Oh, ventanillo clásico, agujero tradicional, aspillera doméstica, y con qué placer respondo, aplicando las narices á la reja, á las tres palabras esencialmente españolas!

—¿Quién es?—dice allá dentro la femenina voz.

—*¡Gente de paz!*

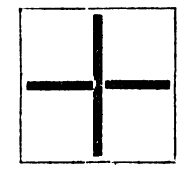
Se abre entonces la puerta, y paso. Ya me dieron el ¡quién vive!, ya lo respondí; ya la criada cerró ese ventanillo á que no han llegado aún muchos pueblos civilizadísimos, en los cuales las puertas no tienen, como los cíclopes, ese ojo en la frente.

Ello es que en el extranjero vivimos confia-

dos, y abrimos nuestra puerta sin precaución alguna. Aquí, á lo menos, antes de abrir, se sabe si el que viene es *gente de paz,* sin duda porque hay costumbre de que llame á la puerta *gente de guerra.* Indudablemente, este ventanillo en las puertas fué invención hija de la necesidad; pero, ¿qué me importa á mí, si en cambio tiene encantos de los que pudiéramos llamar *patrióticos?* Llegar á Madrid, cambiarse de ropa, ir en seguida á visitar al pariente ó al amigo, y encontrarse con que cada casa es un convento, con ese torno *sui géneris,* llamado ventanillo, á través del cual os dicen:

—¿Quién es?

Los hay modernos y antiguos, ó sean de rejilla y de tabla. Los primeros me parecen un refinamiento de progreso; el ventanillo clásico ha de ser de aquellos con dos hierros gordos en forma de cruz



y detrás una tablita que por medio de una ranura corre de abajo arriba. Han de ser pequeños, para que no se vea á través de la cruz más que el pañuelo colorado de la criada ó los dos ojos negros de la novia...

¡Ah! Aquí quería yo venir á parar. Ya no hay muros que escalar, ni trovas que cantar al pie de los altos torreones; pero el enamorado español de medio pelo puede tomar por asalto la escalera, subir los escalones de cuatro en cuatro, burlando porteras, padres tiranos y toda especie de alimañas dañinas, y tocar suavemente en la tablita, detrás de la cual le esperará la niña bonita temblando de emoción. Allí cruzarán en voz baja y atropelladamente la media docena de palabras incoherentes que ponen ojeras; allí se dirá siete ú ocho veces:—¿Me quieres?—¡Más que á mi vida!—¡Dílo, dílo!—¡Más que á mi vida!—¡Adiós, mi vida!—¡Adiós, vida mía!—¡Vida... vida! Siete vidas consumirán allí como los gatos. Suprimid el ventanillo, y ¡adiós poesía de las clases medias!

No es esta la sola ventaja del clásico boquete doméstico. En otros países se queda usted solo en su casa, porque la familia y los criados han salido; llaman á la puerta, y tiene usted que abrir. Ya sea una visita de cumplido ó un proveedor cualquiera, el amo de la casa, convertido en criado propio, sufre la humillación consiguiente al acto que tiene que realizar. Aquí no puede suceder eso. Con ir de puntillas á la antesala, levantar dulcísimamente la tablilla, para que no haga ruido, y enterarse de quién está al otro lado, queda resuelta la cuestión de vanidad. No digamos nada si dicho amo de su casa

está en mala situación de fondos, y *huele* á través de la cruz de hierro al que viene á pedirle dinero... ¿Pues hay más que no abrir hasta que el importuno se harte de llamar y se vaya? Niégueseme que bajo este punto de vista estamos mejor organizados que los franceses, alemanes y rusos.

Hasta la criminalidad puede ser menor en un país donde al enemigo se le ve venir. A cubierto de los ataques de cualquier invasor del domicilio, el español puede evitar el asalto y aún defenderse á tiros desde su casa. En el año de 1756 hubo quien hizo del ventanillo aspillera, y vestido de miliciano nacional y todo dentro de su habitación (pues es sabido que había hasta quien dormía con el uniforme puesto en aquella época charresteresca), hizo fuego á las tropas del Gobierno con el mismo entusiasmo con que lo hubiera hecho á los enemigos de la patria.

En uno de mis viajes á España he encontrado á cierto amigo con los labios prolongados hacia adelante, la fisonomía completamente variada. Más que un hombre, me ha parecido una ternera.

Antes de que me explicara las causas de esta transfiguración, creí que el tifus, la erisipela, alguna enfermedad grave ú operación quirúrgica habían echado adelante lo que ya puedo llamar el hocico de mi hombre. Pero él me lo explicó y quedé convencido.

Español de corazón ardiente y apasionado, mi amigo *está en amores*, como él dice, con una señorita de Corto, es decir, no con una niña, sino con la hija de un D. Pedro Corto, que en sus resoluciones es muy largo. Once años, once, há que los ex-muchachos se quieren y no se pueden ver, aunque parezca contrasentido. El Corto se opone, y estos once años de campañas contra el déspota merecían un arco de triunfo, como el que los franceses erigieron á las campañas de Bonaparte. No tienen más que un amigo, un protector, un aliado: ¡el ventanillo! Y desde que se conocen y se aman, no tienen otra compensación á la tiranía del Corto, que un inocente beso cambiado á través de la cruz de hierro del agujero de la puerta; así es que, dado el espesor de ésta (como de casa antigua) y el poquísimo espacio de que pueden disponer, tienen que poner los labios en forma de O, después de alargarlos hasta lo infinito, y aun así y todo, el contacto es tan somero y exento de malicia, que al mismo padre le pareciera honesto. Ignoro cómo tendrá la cara la novia, pero repito que á él le han tomado vicio los labios de tal modo, que no es conocido.

Pruébame, entre otras cosas, el ventanillo español, que en nuestras costumbres ha de quedar algo invariable á pesar del extranjerismo que nos va dominando. Van desapareciendo la mantilla, el brasero, los toldos, las máscaras,

una porción de cosas características. El ventanillo no tiene que temer nada; en las nuevas construcciones se cuenta siempre con él. En lugar de la cruz de hierro de nuestros mayores, hacemos el ventanillo redondo, con diversas grietas en forma de flores, á manera de rosetones de catedral antigua. Se abre y se cierra por medio de un resorte; es, en una palabra, la aspillera poetizada, pero subsiste. Suprimid en las escaleras de una casa de Madrid el olor del aceite, las patadas del gallego y el ventanillo, y no hay tal Madrid.

En contraposición á los diálogos de amor y otros excesos, el ventanillo sirve para alargar la tardanza en ver á nuestro prójimo. Sabido es que una de las dificultades primeras con que se encuentran ustedes para tratar con las gentes, consiste en poder verlas. Nadie tiene hora fija; por la mañana, se duerme; á medio día, el señor ha salido; por la tarde, no está. Esto es esencialmente madrileño, y el que viene á negocios tiene que calcular que lo que en otro país exigiría diez días, aquí exige treinta. A través del ventanillo se establece una batalla de preguntas, que pintan admirablemente las costumbres.

—¿Quién es?

—Gente de paz; (otros dicen, «servidor de usted», pero son los menos, porque á nadie le gusta declararse servidor de la sirvienta).

—¿Que quería usted?

—¿Está el señor?

—¿Para qué le quería usted?

—¿Pero está?

—¿Qué se le ofrecía á usted?

—Ante todo, saber si está.

—Pues... no está.

Ya sabemos algo. Ya es un principio de relaciones entre la criada y el recién llegado.

—¿Y á qué hora estará?

—Pues... no puedo decirle á usted.

—Entendámonos: ¿es que se lo han prohibido á usted, ó que no lo sabe? ¿No tiene hora fija?

—No, señor.

—¿Y á las horas de comer?

—Pues, mire usted, unas veces come y otras no.

—¡Dichoso él, que puede suprimir á veces cosa tan necesaria! ¿De modo, que no sabe usted nada?

—Ay que Dios, ¡pues ni que *viniá* usté á hacer el padrón!

Y suele oirse el ruido de la tablilla que cae y los pasos de la cocinera que se aleja hablando sola y diciendo:—¡Anda y que te conteste tu madre!

¡Pues sin el ventanillo, estos encantos del perder tiempo no existirían!

Pero, en realidad de verdad, su mayor utilidad consiste en que sirve *para ver venir*. Con tal objeto se inventó, y si sus resultados no son to-

talmente satisfactorios, culpa es de la lealtad castellana que cree á los hombres por lo que dicen, puesto que de diez veces, ocho, en oyendo el clásico «gente de paz», sin más reflexión abrimos la puerta. Si después el que vino tan pacífico nos salta al cuello y nos ahoga pacíficamente, dígame quien lo sepa de qué nos sirvió el boquetito previsor, centinela alerta de la casa.

Un francés que viajaba conmigo el año pasado, y que hace colección de armas antiguas, encargó á un corredor de cachivaches le buscase por Madrid todos los que pudiera. Vino una tarde el hombre tan cargado de hierro viejo, que el ruido que hacía al subir las escaleras sacó de sus casillas á todos los vecinos. Cargado venía con cuatro espadas de cazoleta, dos hachas, un capacete, una rodela, un trabuco naranjero y dos pistolas de arzón del tiempo de Godoy.

—¿Quién es?—preguntó la criada levantando la trampilla.

—¡Gente de paz!—respondió el hombre con voz de sochantre.

—Pues si llega á ser gente de guerra,—le dije á mi amigo,—lo primero que hace es asomar la boca de un cañón por el ventanillo.

Gracias al ventanillo, se libra un hombre enérgico de los que vienen decididos á entrar y sacar lo que se pueda. Juntos vivían Narciso Serra y Pastorfido, y uno que venía á pregun-

tar por el segundo encontraba siempre detrás del ventanillo al primero.

—¿Está el señor de Pastorfido?

—No, señor.

—¡Caramba!... ¿me haría usted el favor de un cigarrito?

Narciso, que andaba muy escaso de tabaco, le dió por entre los hierros del ventanillo lo que pedía.

Al día siguiente, á la misma hora, vuelven á llamar. Narciso, siempre á la espera de algún *enemigo oculto*, vuelve á levantar la trampilla.

—¿Quién es?

—¿Está el señor de Pastorfido?

—No, señor.

—¡Por vida de!... ¿me haría usted el favor de un cigarrito?

Segundo sacrificio por parte del poeta.

Dos ó tres días después vuelven á llamar. Serra presiente que debe ser el mismísimo sujeto, va derechito al ventanillo, levanta la tabla, ve que no se ha equivocado, y sin esperar á que el otro hable, exclama:

—¡No tengo!

Dicho lo cual, cae la tablilla de nuevo.

En nuestras revueltas políticas el ventanillo ha sido protector decidido de gente perseguida. Tal conspirador ó culpable de motín callejero, ha visto que quien llamaba á su puerta era la autoridad, y ha podido escapar por otro lado.

6

En un incendio que hace años presencié, los mangueros empezaron por meter el grifo por el ventanillo de una habitación, cuyos dueños no estaban en Madrid, é inundar de agua la antesala. Era en tiempos de derechos individuales, y el criado del inquilino prefería achicharrarse dentro á abrir la puerta, porque decía que, según la Constitución, el *domecilio* era *sagrao*. Este mismo debió ser el que encima de su ventanillo tenía un cartelito con este anuncio:

Pedro Curdas,
reclamos de perdiz.

y debajo:

Biba la rePúbliga federal.

Y el día de San Antonio soltaba cohetes por el ventanillo para celebrar la fiesta nacional y dar humazo, como á las zorras, á los reaccionarios del piso segundo.

LATEROS

Ya sabemos todos, al salir por la mañana á la calle, que es siempre dudosa la vuelta. Cada ciudadano lleva su vida en peligro desde que despierta hasta que se recoje por la noche. ¡La vida es tan frágil cosa! Una maceta que se cae de un balcón precisamente en el momento en que pasamos por debajo; un aneurisma que se rompe; un conductor de tranvía eléctrico de esos que no pueden marchar bien si no matan un vecino por día; la apoplegía fulminante; la cañería de gas que estalla; un loco que emprende á tiros á todo el que pasa... A cada instante hay un peligro; pero no pensamos en ellos, porque lo último que al hombre se le ocurre, estando bueno y sano, es que se puede morir dentro de una hora. Pero hay algo peor que la muerte, y es la enfermedad.

Y algo todavía peor que la enfermedad. ¡La epidemia!

Y la epidemia de *lateros*, en Madrid, está en todo su auge; yo he contado en un solo día doscientos casos.

¿Cómo llamarla? ¿*Morbus Stulti*? ¿Qué microbio la produce? podríamos darle el nombre de *lactericia*, porque es tal la bilis que produce á las víctimas que causa, que á ella debe atribuirse el color de tantos madrileños... y el nombre rimaría con el *mal de amarillo*.

Nubes de langostas obscurecen el sol en Andalucía. Pero estas nubes de lateros que andan á paso lento por las calles y no tienen más ocupación, ni empleo, ni afición que detener al transeunte trabajador que va á sus negocios, ¡oh, estas nubes no obscuren el sol, pero queman la sangre!

Para las doce en punto tiene usted una cita en el barrio de Argüelles y sale usted de su casa una hora antes. ¡Pues yo le aseguro que á la una estará todavía parado y atajado en su camino por alguno de los infinitos ciudadanos que dos horas antes que usted *á detener amigos*.

En ningún país de la tierra se le para y se quita su tiempo á nadie enmedio del arroyo. Verdad es que en los demás países suele trabajar todo el mundo, y en este encantador país nuestro, unos porque tienen rentas, otros porque están cesantes y otros porque piden limosna, la calle es para ellos un *club*, un salón, un sitio de

conversación, todo menos que la vía pública. Salgo de mi casa, con mis apuntes hechos de lo que tengo que hacer, trabajo y cosas urgentes que se pueden despachar en dos horas.

Á los cien pasos, y al doblar de la esquina, me sale un amigo. Así me llama él, yo no, porque á los minutos de diálogo le detesto.

—¡Hola! ¿Cómo va?

—Bien, ¿y usted?

—Tan bueno. (Me coge la mano, y no me la suelta).

Una pausa.

—¿Y en casa, todos bien?

—Todos bien. (Y mi mano, presa).

—¿Y qué hay, qué hay?

—Pues no sé nada, salgo de mi casa.

—¡Vaya, vaya!

—Conque...

—¿Y qué se dice de bueno?

—No sé nada.

—¿Qué dice usted de estas cosas? (Le suda la mano).

—¿De qué cosas?

—¡De todo esto! ¿Ha visto usted, eh?

—Sí, ya veo...

—¡De modo que no sabe usted nada!

—No señor, nada.

—¡Vaya!, ¡vaya! ¡Está usted muy bueno!

—Sí, gracias á Dios. (Pero sin mano).

—¡Las chicas ya estarán muy altas!

—¡Ya lo creo! ¡Desde que usted me paró han crecido un metro!

—¡Siempre tan gracioso! Pues, sí, señor; ustedes los que escriben debían *apretar* (y me aprieta las falanges como en Montjuich) y decir las verdades. Usted debía escribir un artículo largo, meditado...

—¡Pero con qué manos, señor mío!

Este género de lateros suelen pertenecer á las clases directorias, que nunca dirigen nada y y nunca están contentos; vive de su cupón, se sale por las mañanas á cazar trabajadores y robarles el tiempo á traición. Es de los que preguntan treinta veces *qué hay* y repiten sesenta *si no hay nada de nuevo*. Los hay que se llevan las manos derechas de los amigos á su casa para comérselas rebozadas.

Y cuando ya libre de su red aprieto el paso, y tengo, por mi mal, que cruzar la Carrera (que es el foco de la infección), me sale al paso el latero político, mil veces más odioso...

Este habla en voz alta y *pega*. Digo que pega, y que sin duda por los de su clase se inventaron esas almohadillas que ahora les ponen los sastres á las levitas en los hombros, porque cada vez que se exalta, le da á uno una palmada en el hombro izquierdo, que hace daño. Pero á él no le importa.

¡El acciona sobre los demás!

—¡Hola, amigo—dice; y me corta resueltamente el paso.

—¡Hola, Fulano!

—¡Ya habrá usted visto!...

—No he visto nada, porque tengo una cita á las doce...

—¡Ya habrá usted visto qué gobierno! ¡Qué capacidades! ¡Ni esto es gobierno, ni esto es país, ni aquí tenemos vergüenza, y aquí se armará una terrible! (Palmada fuerte en el hombro). ¿Ya sabrá usted lo que me ha sucedido á mí?

—¡No sé nada!

—Pues este señor ministro, que es un *hipócrita*, sí, señor, lo digo para que todos lo oigan, ¿lo entiende usted? ¡Un hipócrita! (Palmada fenomenal en el mismo sitio). Después de robarme el acta... pero ya lo pagará, ¡ya lo creo que lo pagará! (Repique de palmetazos). Me sale con que no puedo volver á la Administración hasta que no se vote yo no sé que infundio. ¡Oiga usted! ¡Se lo juro á usted *por mi madre*, (cinco palmoteos que me dan palpitaciones de corazón), á eso le voy yo á dar un escándalo, aunque sea en su casa! ¡En su misma casa! (Aquí ya la manotada es tal que me arrodillo).

—Si le fuera á usted igual seguir andando, hablaríamos...

—No, si ya se acabó. Mire usted, (la mano se apoya en mi hombro, amenazadora), el año 54...

—(¡Dios mío!)

—Hubo una muy gorda. Él año 66 (gran golpe), fué más gorda. El 68 (redoble), mucho más gorda...

—Pues esta...

—¡¡Ay!!

Me dá tal manotón que tengo que gritar y echar á correr gritando:—Sí, señor, sí, ésta ha sido muy gorda—¡Huyamos! ¡Son las doce menos cuarto y no he hecho nada!

A lo último de la plaza de Isabel II, un hombre que dá miedo, me para diciendo:

—¿Podía usted oir una palabra?

—¡Ay! Sí.

Y este sujeto, á quien no conozco, pero que dice conocerme, y lo siento mucho, comienza:

—Por una serie de circunstancias horribles que en el año de sesenta y dos produjeron la perturbación mental de mi señora, la venta de mi casa, mi cesantía de administrador de Hacienda de la provincia de Cuenca, y el tiro que me dí, como usted ve, en esta sién, y que no quiso Dios que me resultara; y esto, unido al odio que siempre me han tenido mis enemigos, por haber sido yo un hombre leal, y desinteresado, y sintético, quiero decir dos sentimientos dignos, porque no hay hombre que haya tenido más valor para decir la verdad, y el año setenta y dos lo probé con la publicación del folleto que me produjo la causa criminal, que me tuvo

dos años en el Saladero, del que salí con una tísis laríngea que no se me cura y con tres niños que no han comido desde el día quince del mes pasado...

—¡¡Pero qué es lo que usted quiere!!

—¿Podría usted darme dos reales?

—¡Allá van, y corra usted á dar un banquete á esos niños en seguida.

El latero-mendigo caballero es de los más temibles de la especie, porque al otro, al *mendigo*-lata, que anda nueve kilómetros repitiendo cosas melancólicas, todavía se le puede aguantar...

Pero no, no se puede... Ya está ahí, ya le siento *á labor*, rozándome con el *muñon* y corriendo á par mío.

—¡No tengo!

—Noble caballero, á un infeliz padre de nueve criaturas...

—¿Nueve? ¡Y con ese oficio! ¡Qué imprudencia!

—Noble caballero...

—No tengo.

—Noble caballero, por aquellas nueve criaturas que están en ayunas; la Virgen Santísima del Carmen se lo pagará, noble caballero; tenga usted compasión de este pobre impedido, noble caballero... noble caballero.

¡Y yo que rehusé una vez un título de nobleza!

Ya llego al lugar de la cita, ya por media hora me veré libre de esta plaga... ¡Oh, señor alcalde, el día que se haga la *razzia* de pobres, hágase al anochecer, y que cojan también á los lateros, y los encierren en asilos muy latos, y que desaparezcan juntos todos, todos, todos!

Junio 99.



EL TRAIDOR DEL AGUA

Pero esta es la casa de los grifos!—exclamaba mi santa madre, recién llegada á París.—Parece que vives de brujería. Grifo del agua, grifo del gas, timbre eléctrico aquí, teléfono allá, gas para hacer un par de huevos fritos, tubo acústico para hablar con la portería... ¡Uf! Se vuelve una loca entre tanta maquinaria... Si mis padres resucitaran, os denunciaban á la Inquisición...

—Pero, señora, ¿no es comodísimo dar vuelta á una llave y que venga el agua desde dos leguas de distancia?

—No lo niego, todo ello es muy cómodo y muy bonito... pero el agua es muy mala.

Acaso dijo con esto lo que no sabemos ver los habitantes de las grandes capitales.

Mujeres elegantísimas, pero sin corazón...

Frutas enormes, pero sin jugo...

Flores lindísimas, pero sin aroma...

¡Oh, agua del Lozoya, mansamente traída á domicilio en una cuba, en hombros del *traidor*, como dicen de la Plaza Mayor abajo!... ¡Oh sin igual auxiliar del pétreo garbanzo castellano!...

Así podría comenzar el elogio que algún madrileño viejo hiciera de nuestras

corrientes aguas, puras, cristalinas,

como dijo el poeta.

El grifo tiene la sequedad del autómata, la fría gravedad de la máquina. El aguador es como una persona de la familia.

—¿Ha venido el aguador?—Como él no venga, todo el mundo padecerá de sed, sus clásicas patadas, resonando en la escalera, anuncian la hora de comer entre la clase media, allí donde el vino no es artículo de primera necesidad, como aquí.—Ya está ahí el gallego; saque usted la sopa.

Y el gallego entra triunfante en la cocina, oliendo mal y hablando peor, pero trayendo lo que es indispensable para la vida.

Así como el sereno es el amigo nocturno, el aguador es el visitante imprescindible durante el día. Trabaja como una bestia veinticuatro horas para que los bebedores de agua le den ocasion de beber vino. Su cuba es como una parte de su cuerpo Diógenes vivía en un tonel; Toribio vive abrazado á una cuba.

Observadle y veréis qué cara de filósofo tiene.

Viviendo entre el agua y del agua, no se lava nunca. La desprecia: por eso no la bebe. Desdeña cuanto á su alrededor sucede. Así haya de atravesar por la carrera tendida al paso de los reyes, ó por entre las barricadas que levantan los pueblos, él sigue su camino indiferente. Su piel, que ya es casco, resiste á las balas como á las flores, sube y baja escaleras ricas y pobres, parece en su movimiento cotidiano el secretario particular de la Fortuna.

Averígüenme los naturalistas, dónde acaba el hombre y donde comienza el aguador. No hay más que visitar uno de esos patios donde viven juntos veinte ó treinta gallegos, para convencerse de que tales individuos no pertenecen á la raza humana. Los propietarios de esas casas donde viven gallegos aguadores, han ideado hacer los suelos de adoquines, en vez de colocar en ellos ladrillos y baldosas.

De este modo los gallegos no envician el aire ni producen epidemias, porque es una clase social que apesta y no tiene conciencia de su asquerosa manera de ser. Vaya todo observador á ver una de estas viviendas y declarará que no exagero. Pero así como son, constituyen una parte de la población, algo tan integrante como las farolas, y las rejas salientes, y los marmolillos, y los botijos en los balcones, y todo eso, en fin, que da el color local á la villa madrileña.

El traidor de agua desaparecerá, sin embargo, más tarde ó más temprano.

Cada casa tendrá su tubería, y su *robinet*, como las casas de Londres, ó París, ó Viena, y entonces no podremos ser el país característico que los extranjeros visitan por curiosidad, y los españoles volvemos á ver con extraordinaria alegría.

El aguador tiene su idioma especial; sí, un idioma en el que se han escrito versos muy hermosos. Habla en gallego, que es casi como hablar en portugués. No quiere aprender el castellano, porque un día ha de volver á su aldea, donde ha dejado á la mujer encargada al cura. Es un gran patriota. Si no oyera en las plazuelas aires de su país, y si no fuese los domingos á la Virgen del Puerto, arca de la alianza de los gallegos residentes èn la corte de las Españas... se moriría. Estos mismos aguadores ó sus parientes y paisanos, son los que han necesitado una gaita en el regimiento cuando han sido soldados, porque si no oyen la música popular de su país, la nostalgía los consume y les lleva al sepulcro... Todo esto es muy respetable, aunque parta de gente astrosa y fea. Por eso del Madrid antiguo, el aguador es una de las grandes instituciones morales urbanas.

Vedle, oidle en sus diálogos con las cocineras y los porteros; unas y otros se ríen de él, pero respetan su honradez tradicional. Así como el

andaluz tiene fama de listo, y el aragonés de franco, el gallego la tiene de honrado desde que hay Galicia en el mapa, y sucédele lo que á todos los hombres de bien, que son las víctimas de la conversación familiar. La criada que le guarda los restos de la comida, le da bromas pesadas, que el hombre soporta con su acostumbrada calma y sangre fría. Los niños de la calle le saludan con cuchufletas infantiles. Si en esa hora del día en que el sol se pone y la estrecha escalera no está encendida, el gallego le da con la cuba en la cabeza al vecino que baja, oye todos los insultos posibles á los que no contesta ó responde con excusas amables. ¡Oh, gallego infeliz! condenado á traernos el agua cristalina con que se calma la constante irritación de las gargantas madrileñas; paciente servidor de las familias que suelen pagarle tarde y mal; mezcla de hombre y de fiera sin dientes ni garras, ¡cómo te recuerdo yo cuando el agua del Sena viene turbia ó sabe al plomo de la tubería moderna!

¡Oh, *traidor del agua*, elemento esencial de nuestra prosáica y tranquila vida de Madrid! Tocayo amantísimo (pues yo tuve la precaución de nacer el día de Santo Toribio, presintiendo sin duda que había de hacer alguna vez tu apología), yo te saludo desde la extraña tierra, pensando en que á estas horas estarás haciendo tu centésimo viaje desde la plaza de Jesús hasta el quinto piso donde la modista que cose para

fuera te echará de menos, exclamando á sus solas: ¡Pero ese bruto del aguador que no viene!

Bruto, sucio, desarrapado, desgarbado, desidioso, todo lo tienes: pero si un día te pusieras de acuerdo con todos tus camaradas y os propusiérais dejar sin beber á doscientas mil familias hiposas de garbanzos con tocino, la sed de Bailén no sería nada en comparación de vuestra obra!

En este momento se me avisa que la tubería del agua *ne va pas*. Durante dos horas, carecerá una familia honrada del agua indispensable para las necesidades de la vida.

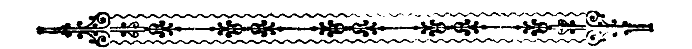
La Compañía acaba de prevenir á los vecinos que hacen falta tres horas para llevar á cabo las reparaciones necesarias.

Dejémonos de *Compañías* y de botones de marfil, y de *maquinarias,* diría la inolvidable abuela. Estuviéramos ahora en Madrid, y con avisar al gallego, todo estaba arreglado!

¿Qué será que estas antiguallas, con ser tales, y no valer lo que las mil invenciones de que se disfruta en pasando los Pirineos, tienen no se qué de atractivo, como la primera canción que oimos cantar en la infancia?

¡Oh, costumbres del país donde se vió la primera luz, y qué hermosas parecéis desde lejos!

París, 1888.



LITERATURA ZURDA

Un sargento pedía licencia á su capitán para ir á pasar la noche en Pozuelo.

—Mi madre me escribe que está enferma,—decía.—*A su corto entender* de V., mi capitán, ¿qué debo hacer?

—*A mi corto entender,*—respondió el capitán —debe usted de ir.

Estos españoles que hablan sin saber cómo, y que un día serán académicos, podrían dar asunto á muchos libros.

—Téngame usted todo en regla—le decía otro sargento al furriel—y que no falte nada. Usted es muy perezoso, pero la obligación es antes que todo. Yo no le pido á usted que haga *prosélitos,* pero á lo menos la obligación diaria.

Prosélitos por *prodigios* es una aproximación digna de ser notada.

—Hay una *diferiencia* muy notable—exclamó

un día el jefe del Gobierno en tiempo de la unión liberal...

Carcajada general.

Y el hombre, muy incomodado, y golpeando sobre el pupitre.

—Sí, señores, ¡muy notable!

En París me ha asegurado un chileno riquísimo que tiene un caballo que salta más que Léucades; y un confitero de una calle céntrica de Madrid, me dijo hace años que vendía más dátiles que el Tostado.

«He llegado aquí (comunicaba un capitán de »caballería al jefe de la Remonta) con la fuerza »de mi digno mando, y estoy dispuesto á cubrir »todas las yeguas que *se nesecíten.*»

—¿Está D. Melchor?—preguntaba un catalán en la portería de la casa de D. Melchor García.

—Se ha marchado,—respondía la portera.

—¿Ha comido ya?

—Sí, señor; siempre sale *comido.*

Las monjas de un monasterio de Castilla la Vieja que yo he visitado algunos veranos, rezan la letanía en un latín imposible. Una tarde oí esto:

Sal de ese arca
Llama á Félix
Tela pa cortinas...

—¡Qué barbaridad!—decía un viajero andaluz que la oía—¡estas monjas están *empetacadas!*

Cuando cogió un toro al hermano de *Lagarti-*

jo, le preguntamos desde la barrera á un bande-rillero qué ocurría en la enfermería.

—No es nada, nos dijo, una cornaita en un pie; ahora le están haciendo la *autosia*.

Los discursos populares en tiempo de revolución, suelen ser modelos de oratoria. En el año 69, he oído en un club, lo siguiente:

«Señores:

»Ya que por casueliá zemos demócratas, y »esto debiera escribirse con letras de oro en er »Génesis, este es mi primer punto. Por lo de-»más, no puede menos de añadir que too lo que »veo ahí es puebro.»

Mi paisano D. Valero es un galófobo furioso. «No me hable V. de los franceses—me decía ayer.—¿A los franceses? ¡Oscurantísimo á pan y agua, les daría yo!»

¿Y aquel gallego que afirma que Santiago es un santo compontelano?

Los bandos de aquellos pueblos de mi hermosa tierra de Aragón, son modelos de este género de literatura.

«D. Mamerto Gajón, *por la gracia de Dios,* alcalde de esta villa, ordeno y mando,» dice uno.

Y otro.

«Ceudadanos:

De orden de la autoridad que dignísimamente represento y representaré, si Dios me da salud,» etc.

Un portero hay en la calle del Almirante que

le decía á una persona de mi familia, enseñándole un cuarto vacante:

—Aquí estará V. muy bien, porque el cuarto es muy insano, y si tiene V. mujer más, *porque la mujer lo embellece todo.*

Me parece que para un portero es bastante delicadeza.

—¿Qué opina V. de estas cosas?—le pregunté ayer al *traidor del agua,* vulgo aguador, que viene cotidianamente á calmar la sed de la familia.

—Sin un poco de riguridad y algo de autonomía no habrá nada, y esto acabará como el rosario de la Moncloa. A lo menos esto opinan las personas decentes, es decir, las que llaman, vamos al decir, decentes, ¡por más que sean más indecentes que nosotros!

Por último, ayer un amigo alcarreño que ha venido á Madrid á asuntos propios, me decía:

—Yo no me fío de nadie en Madrid, porque aquí todo el mundo va con segundas nupcias.

—¿Y dónde vive V.?—le pregunté.

—En el hotel de **. Estamos muy bien; ¡nos suben y nos bajan á nuestro cuarto en el suspensorio!



LA ORACION DE LA CUADRILLA

El caso ocurrido anteayer en la Plaza de Toros es sumamente interesante y conviene darlo á conocer para que no se repita.

De seguro el señor gobernador lo ignora. Y para que no le coja de sorpresa en lo sucesivo, se lo contaremos.

Al llegar las cuadrillas, fueron, según la costumbre, que en el mundo de los toreros es una ley, un culto, una tradición, *una esperanza*, á rezar ante la Virgen de los Remedios en la capilla de la Plaza, y la encontraron cerrada. Se les dijo que la capilla estaba ruinosa y en obra, y que no había, por lo tanto, ocasión de orar.

El espada Fuentes, según mis noticias, protestó, y estuvo á tiempo de no torear. Los demás no sé lo que harían; pero supongo que sal-

drían á correr los toros tan contrariados y mal dispuestos como aquel á quien me refiero.

Preguntó Fuentes si habían llevado la imagen á otro sitio para que pudiesen los toreros cumplir su piadosa costumbre, y se le contestó que nó.

—Mi cuadrilla y yo (tengo entendido que dijo), no dejamos nunca de rezar antes de salir á la Plaza, y esta es la primera vez que nos pasa una cosa como esta.

Tenía razón.

Será, sin duda, la primera vez que el caso ha ocurrido, y debe ser la última.

Los lidiadores van siempre á la plaza sin saber si volverán á sus casas vivos.

Todos ellos, aun los más despreocupados (si es que los hay) se ponen bajo la protección de la Virgen antes de ir á exponer sus vidas.

Lo interesante, lo tradicionalmente romántico y español de esta fiesta de los toros, á ninguna otra del mundo parecida, consiste precisamente en eso; en que á la terrible realidad del espectáculo se une un dejo de misticismo popular, una esperanza en Dios, que *velará* por los que van á poner el pecho ante las fieras. Es la frase antigua, aplicada á la religión cristiana. Los toreros, vestidos de luces, apenas llegados á la Plaza, se arrodillan ante la imagen de la Madre de Dios.

—Dios te salve, María...—Es decir:

—Los que van á morir te saludan. Si el toro mata, *á tí suspiramos*.

No hay *salve* más conmovedora que esta ni más respetable. El público conoce, por haber yo publicado hace un año el autógrafo en un periódico madrileño ilustrado, aquella carta de Frascuelo, contestando á la que le escribí, desde París, enviándole un escapulario de la Virgen de mi tierra... «Me lo pondré, y confío en que esta Señora hará bondad.» El torero es creyente, su fe va unida á su peligro.

Hará como treinta años que salieron á cazar, no lejos de Madrid, Cayetano Sanz, el pintor Castellano y el actor Castro.

Andando distraídos á través de los campos, vieron venir hacia ellos un toro, escapado de una torada de la tierra. Castro se encaramó á una higuera; Castellano se ocultó detrás de un árbol de ancho tronco, Cayetano se quitó la chaqueta de hilo que llevaba, esperó al toro, le dió ocho ó diez pases y otros tantos recortes de los que están prohibidos en la Plaza; en uno de ellos le quebró las costillas y el toro se sentó.

—Ya pueden ustedes venir sin cuidado—gritó —que este no se moverá; yo respondo.

Castellano le dijo:

—Para esta corrida no estaba usted preparado.

—No había la capilla de la Virgen,—respon-

dió el espada—pero mientras venía el toro hacia mí recé mi Ave Maria.

Suprimir la capilla en la Plaza de toros porque está en ruinas, es olvidar que si sucede cualquier *desavío*, como se dice en la lengua de la gente, puédese con razón suponer que ha sido *por eso*. Hay que respetar la manera de ser de todas las clases, agrupaciones y particulares.

La mujer del espada pondrá mientras haya tauromaquia en el altarito de su casa, cirios á la Virgen. ¡Siempre es á la Virgen! Parece que la devoción del pueblo tenga sus preferencias. Los toreros las tienen como nadie.

Anteayer, un gracioso fúnebre hizo una cruz en el suelo de la plaza, y la empresa suprimió la plegaria de costumbre. Hubo una cogida terrorífica, y ayer en los barrios populares se comentaba el hecho, y al pueblo que *siente*, no al que razona (porque ya hay dos desde que la política y la religión han librado batallas) hay que dejarle sentir sus cosas á su modo.

La oración de los toreros es tan lógica, dada nuestra manera de ser, como son lógicos el ateismo de Salmerón ó el de Pablo Iglesias. Podrán ser las corridas de toros espectáculo refractario y ajeno á la civilización del mundo moderno. No ocurre en los demás países eso de que cada domingo vayan diez mil personas á ver quien muere; pero una vez admitida fiesta tal, y tan arraigada en las costumbres de un país, no debe fal-

tarle ningún detalle, ninguna de las cosas extrañas y esencialmente españolas que la caracterizan. Tenía razón el espada chasqueado en su devoción la otra tarde:—¡Si no se reza antes no se torea!

Mayo 99.



SÁBADO

Así que dan las cinco, ya comienzan á llenarse de trabajadores la plaza de la Villa, la calle de Madrid, la del Rollo, la del Sacramento... El Ayuntamiento va á pagar la semana al pueblo de Madrid que trabaja.

A las seis ya no se puede pasar sin dificultad ni por la plaza ni por las calles. Los trabajadores forman una masa compacta, apretada; están todos esperando que les llegue su turno. Si alguien quiere circular, si un transeunte ha de ir á una de las calles nombradas, tiene que meterse por entre aquel macizo de carne humana, que huele á sudor, á cebolla, á tabaco, á todo lo que es inherente á eso que los aristócratas llaman la *plebe*, y los demócratas el *pueblo soberano*. En otros países se diría «perdone V., haga V. el favor de dejarme pasar.» Aquí dicen por lo general: ¡Que mancho!

En la plaza de la Villa, los hijos de Madrid

que van á cobrar están de pie; en las callejuelas adyacentes, unos están de pie, otros, la mayoría, se sientan familiarmente en la acera. Así como así, la calle es suya, es su salón, su tocador, su alcoba; el que ayer no pedía limosna en ella, tal vez tenga que pedirla mañana. Todo depende de una semana sin trabajo.

¿Quién es esta gente? ¿De dónde viene y á dónde va? ¿Quién la juzgará bien no considerándola sino en su traje de blusa ó de chaqueta, la gorrilla echada á un lado, las alpargatas blancas?

Y sin embargo, ¡oh empleados y ministros de ayer, de hoy, de mañana! éstos son vuestros electores ó vuestra carne de cañón cuando habéis levantado barricadas con éstos que ahora os dejan pasar en *landau* de cocheros con galones dorados, y con éstos tenéis que contar siempre. Ahora parecen gentuza; mañana tal vez sean llamados héroes. Hablan ese lenguaje madrileño que no se usa sino en el arroyo; pero así hablaron algunos que después han sido caballeros y diputados, y banqueros y grandes de España. Del pueblo salieron, y luego fueron señores, y realistas, y defensores del orden, y temerosos de las masas inconscientes... ¡Pobres masas! Ahí están el sábado esperando la paga y riendo y cantando como si fuesen á recibir un millón. —¡Manuel!—¿qué?—¿Vente pá cá!—¡Vivan los ricos!—Mañana á jugar á los bolos.—¡Ya lo

creo!—Ahí tienes á la Isidra.—¡Anda y que la mate el Tato!—Buenas tardes, Julián.—¡Acá estamos *toos*!—A ver esas perras grandes; ¡que ande el movimiento!

También hay mujeres en aquel inmenso grupo. La mitad del obrero, que tiene miedo de que se gaste la semana en vino y le acompaña para coger el jornal de siete días, con el que hay que dar de comer á aquellas criaturas. La *Fulana* que sale del *hespital*, y va á encontrar á su hombre precisamente el día que éste cobra.—Hola Paca; yo creí que tabías muerto!—Eso quisian algunos!—Aguarda, mujer, que pa todos habrá, —y se sientan juntos en la acera. Más allá aparece la usurera del barrio apartado, que va á robar al pobre obrero el tanto por ciento de siete días. Rozando con éste y con el otro, á éste preguntando, al otro respondiendo, las dos amigas que van á buscar al hermano ó al primo.—No te *desapartes*, porque ése hará noche el jornal en cuanto que lo vea. ¡Como que no vengo yo aquí á nada!—En estas y las otras suena la hora de pagar y se instala la caja.

En cualquier país moderno, esta caja estaría en una oficina, detras de un *guichet;* los trabajadores irían pasando uno por uno, entrarían por una puerta y saldrían por otra... pero si en España se hiciera lo que en otros países, ya no sería España. Aquí hemos de hacerlo todo en familia, en intimidad, de cualquier modo, á la

pata la llana... Se abre la puerta-cochera que da al callejón de Madrid; dos empleados se colocan á la puerta delante de una mesa de pino, sentados en dos sillas de Vitoria, medio embozados en sus capas y teniendo delante una lista, un farol y mil paquetitos de moneda contada, y van llamando á cada uno de los mil hombres que han de cobrar. Todo es español puro: la llamada, la respuesta, la cobranza, el dinero, la mesa...

—¡Manuel Pérez!

—¡Aquí hay un *piazo*!

—¡Sebastián Trujillo!

—¡Allá va, señorito!

—¡Pedro Ortiz!

—¡Aire!

Y unos llegan á tiempo, y otros no, y *desapartan* á puñetazos á todos los que están delante.—Si no vienen á tiempo, no pago.—Eso es, y el pueblo que coma almendrucos!—Los que están delante avisan á los rezagados.—¡El siete!—A ver, el siete!—¿No está el siete?—Pues que pase la sota.—¡Aquí está el siete!—Vamos, ¡hombre, que te pierdes ese dinero!—¡Me quiés comprar las *papeletas*!

Entre tanto, los muchachos, que abundan en esta gran reunión, se divierten en cantar, en fumar colillas, ó en darse de patadas ó en jugar al toro. Desde la infancia nos ha de gustar á los españoles pegarnos ó capear de navarra.—¡An-

da, pega!—¡Pega tú!—A ver unos cuarteos... ¡Olé por los Frascuelos abollaos!

Y otros, apoyados en la pared, cantan que se las pelan.

¡Ábrime la puerta
puerta del postigo...

—¡Eh, niños, á tomar la guita!—¡El dezinueve! ¡Dezinueveeeee!—¡Allá voy, *maestro!* ¡Ole por los bizcos!—¡Que paso! Y uno que ya cobró vuelve pasos atrás «más quemado que Dios» como él dice.—¡Aquí me falta un *perro!*—¡Ya van dos veces que me falta un *perro!* ¡Como que me voy yo sin el *perro!*

Así que cobra, cada cual procura salir lo más pronto posible de aquel haz de seres humanos que desarrollan en torno suyo un vaho indescriptible, y sale codeando y empujando y tan contento como si acabase de recibir millones. ¡Bien dicen que no hay dinero que satisfaga más que el del trabajo! ¡Cuántos de nosotros, vestidos á la noche de frac y corbata blanca, no sabemos apreciar un duro como estos prójimos desgraciados y alegres, de blusa y sin corbata! Este se aparta y cuenta el dinero de cara á la pared; el otro va á reunirse con la mujer, á la que entrega todo lo recibido.—Si quieres dinero, dílo, exclaman algunas volviendo á ofrecerles lo que ciben. Hombre hay que después de una seana de trabajo rudo se contenta con volver á mar una peseta! El de más allá sale hablando

con otro, y embolsando los cuartos.—Te juego dos medios al *dómino*.—Mucho *domineas* tú.—O á la brisca.—Por mí no ha de quedar.—Anda, anda deja á *aquella*, que nos aguarden, que yo me lo gano, yo me lo como.

Más lejos hay una disputa. *Ella* lo quiere todo; él quiere contentarla con la mitad.—¡Aunque no vieras más que estoy sin zapatos!—No me vengas con historias ni con ponerte tristurera, que yo debo lo que debo y te doy lo que puedo. —¿Y yo que te he negao á tí?—Que te calles.—¡Miá cómo voy, hombre, ten concencia! Y enseña un pie que acaso bien calzado sería tan bonito! Un pie medio envuelto en una zapatilla de orillo, que deja ver todo el dedo grande...—Anda y tómalo *tó*, si quieres, dice ya el hombre conmovido.—*Tó*, no, pero haz por mí: que yo hi hecho por tí! Y se separan cogidos del brazo comenzando las paces...

Sigue sin cesar el movimiento de pagar en el callejón, y la noche se viene encima, y los que quedaron para los últimos se impacientan y gritan, no sólo porque les corre prisa tomar lo suyo, sino porque hay quien les está esperando.

Mezclados con ellos están los taberneros ó los dueños de esas casas de se *gisa de comer*, y que les hacen crédito toda la semana de la escasa ración con que viven y del terrible vino compuesto, con el cual se embriagan y se pelean con

su sombra. Todos ellos pagan religiosamente, y se va oyendo lo de:—El once.—¡Felipe Antón!—¡Trece pesetas! Y los paquetitos de moneda van pasando á las callosas manos, mientras suena detrás la canción popular, la disputa sin consecuencias y el rumor sordo del que llaman algunos *el pueblo bajo...*

Rumor que á veces es terrible, como el del mar agitado que amenaza invadir el puerto, y que á veces suena dulcísimamente en los oídos del ambicioso que oye decir: ¡Viva Fulano! y aclamar su nombre...

Pobres hombres, pobres mujeres, tan alegres el sábado y sin saber en su mayor parte lo que será de ellos el lunes... Nos son tan precisos, que yo no sé cómo hay quien se atreva á ponerlesapodos. Recuerdan el soneto de aquel poeta moderno, que ahora me conviene repetir en prosa:

«Soñé que el labrador me dijo:—Haz tu pan, yo no te alimento más, ara la tierra y siembra.»

«El tejedor me dijo:—Haz tú mismo tus hermosos vestidos.»

«El albañil me dijo:—Coge la piqueta y hazte tu casa.»

«Y solo, abandonado de todo el género humano, sobre el cual había lanzado hasta entonces mil anatemas, cuando imploraba del cielo la suprema piedad, ví los leones en pie á los lados del camino...

»Desperté: al abrir los ojos dudando si el alba era verdad ó sueño, los obreros cantaban sobre las escalas, el ruido del trabajo sonaba en el mundo, los campos estaban sembrados...

»¡Ah! Entonces aprecié mi bienestar y aprendí que en el mundo nadie puede vanagloriarse de no necesitar á los hombres, y desde aquel día les ame á todos!»

Así yo, al contemplar desde mi balcón al anochecer esta negra masa de prójimos rudos, toscos, groseros, mal vestidos, pero alegres, al parecer inofensivos, felices un día á la semana con el producto del sudor cotidiano, siento ganas de descubrirme viéndoles alejarse cantando, y digo para mí: ¡Cuán respetables son estos hombres que han trabajado por nosotros! ¡Oh, vosotros los que les evitáis el paso porque son feos de aspecto y no han llegado á vuestro bienestar y cultura, pensad que éstos son los que os han de elevar ó de hundir el día de mañana!

Enero 1886.



DOMINGO DE RAMOS

Lo mismo, exactamente lo mismo. El año ocho, antes de que Napoleón viniese á España, nuestros abuelos hablaban, discutían, hacían sus cálculos en botillerías, tabernas, calles y plazuelas. En los palacios y casas grandes la conversación era más correcta, pero el espíritu público igual; y á cada día que pasaba, y á cada probabilidad de guerra ó de paz, iba la opinión pública tomando calor, y los ánimos se excitaban, y Madrid hervía...

Y aquí vuelvo á mi tema, de que no hay tal pueblo de Madrid dormido, porque al recorrer todos los círculos, altos y bajos, y oir las conversaciones de todos, he recordado lo que nuestros abuelos decían, y nosotros, hoy, decimos lo mismo. Es el eterno pueblo de chisperos y de valientes, riéndose de las amenazas extranjeras y de los peligros de una guerra. Es la eterna confianza en Dios y en el valor de los ciudada-

nos. Es, en fin, la sangre de España que se renueva, pero que no ha perdido glóbulos; la opinión, que hasta hace quince días parecía distraída, indiferente, comienza á gobernar. Los gobiernos harán lo que quieran; Madrid y España harán lo que deban hacer. No, no hay cuidado; no hay más que oir lo que habla la gente, lo mismo en el Casino que en el popular café de Toledo; lo mismo en el Veloz, que en las tabernas donde beben los hombres. Hay patria, hay ánimos; Villamejor da cincuenta mil duros por un palco, y los vecinos de los barrios han dado cincuenta mil hijos á la Patria. ¡No va esto tan mal como suponían los pesimistas; Madrid hablará primero y hablará pronto, y España responderá, porque hay aragoneses y catalanes, y gaditanos y navarros, que siempre han respondido á todo!

Anoche, las conversaciones madrileñas tenían un interés extraordinario. Había salido el regimiento de ingenieros para Canarias; fué á la estación un público entusiasta; el Gobernador civil estaba allí, el Capitán general también; no se tomaron precauciones, no se podían tomar medidas de orden; los soldados y el público estaban juntos, unidos, dándose abrazos; la música tocaba en el andén aires populares.—¡No empujar!—¡No se puede pasar!—¡Yo paso, porque voy á despedir á mi hijo!—Yo tengo que abrazar á mi hermano!—¡Viva España!—¡Vi-

van los ingenieros!—¡Viva la honra nacional! Los oficiales no podían embarcar á los soldados, los soldados lloraban viendo á las madres pegadas á los uniformes, y todo esto, coronado por la marcha de Cádiz, era de una grandiosidad indescriptible.

En teatros, cafés y círculos, la animación era extraordinaria. En el Casino, los padres graves hablaban de alianzas extranjeras, de la amistad de Francia, del afecto de Austria, de los intereses de Rusia...

—Austria nos venderá cinco buques sin que se sepa.

—A los franceses les interesa ir con nosotros.

—El emperador de Rusia quiere mucho á la Reina regente.

—No estaremos solos.

—¡Y aunque lo estemos!

—Y si Villamejor ha dado el ejemplo, lo que es dinero no ha de faltar.

—¡Como que hay muchísimo dinero!

En el Ateneo se hablaba sin cesar de Woodford.

—Está haciendo las maletas.

—¡Que se vuelva á su tierra y nos deje en paz!

En el *Veloz* se inspiraba por Villamil, tan querido en Madrid.

—Ha pasado cuarenta horas horribles.

—Tuvo dos torpederos perdidos.

—Ya están todos juntos.

—Lo que está haciendo Villamil es una heroicidad. Si llegan sanos y salvos á la Habana, habrán hecho lo que nadie.

¡Viva la marina!

En el café de Toledo, lleno de gente honrada y madrileña de sangre, y de unas mujeres que vuelven loco al horizonte, como decía Labi.

—Yo soy de consumos, y he dao mis seis reales, y tengo más mérito que los que han dao una talega por un paraíso.

—Y si es preciso se da una semana.

—¡Y un año!

—Lo principal es que no se diga que se ríe nadie de España ¡y traiga unos riñones con Jeréz!

—¡Pues, hombre, no faltaba más sino que, después de haber tantos soldados y tantísimo dinero, vinieran ahora unos cursis abollaos á metérsenos en casa! ¡Metían! ¡Yo tengo dos hijos allí, y uno que me ha caído soldao el mes pasao; pues si es menester voy yo también, aunque sea á nado!

—Anda, Manuela, que tenemos de ir mañana á misa mayor á coger las palmas...

—¡Las palmas!

¡Domingo de Ramos! Día de fiesta, entrada en Jerusalén de *aquel* que vino predicando el amor, combatiendo los abusos de los poderosos, anunciando la revolución más grande que el mundo

ha presenciado. «No vengo á dar paz, sino cuchillo», les dijo á los que vacilaban en la fe de lo que á predicar vino. Las palmas con que le saludaron las multitudes, se reproducirán hoy en un domingo madrileño, de esos que se ven caras como soles, claveles y paveros. Comprémoslas lo mismo los católicos empedernidos que los cristianos sinceros; ponedlas en el balcón para que no entre el diablo del miedo que parecía gobernar hasta hace poco; sirvan para recibir en triunfo á los que vuelvan vencedores y nos digan que aquella tierra nuestra no ha sido hollada por extranjeros alevosos. ¡Oh, Madrid de las Semanas Santas, Madrid de Daoiz y de Malasaña, qué de cosas grandes te quedan que hacer todavía! Como hace noventa años, manolas y chisperos repiten ya que hay que hacer lo que nuestros abuelos hicieron. ¡Hosanna, hijo de David! cantan los curas hoy; hosanna, oh, tú, quien quiera que seas, y como te llames, que logres levantar de esta España adorada á tan grande altura, que obligue á exclamar á los demás países: es la misma, la misma de siempre!

Abril 98.

FLORES

La galantería existe en todas partes, pero es en privado, del caballero á la señora, del novio á la novia, de él á ella... Esta galantería pública, sin miramientos ni respetos, que brota del corazón y no repara en nada ni en nadie, es esencialmente peculiar del andaluz ó del castellano, del hijo de un pueblo para el que ante todo hay que rendir culto á las mujeres.

Cada vez que paso la frontera, quisiera ir apuntando las flores que revelan este modo de ser.—Ya en el camino, desde el vagón de tercera, el viajero echa flores á gritos á las muchachas que se pasean por delante de ésta ó la otra estación.

—¡Vivan las indígenas!—decía el otro día un soldado en Venta de Baños, echando besos á dos niñas bonitas que veían pasar el tren.

Y un compañero suyo:

—¡Que me tiro! ¡Que me tiro!

Y sacaba el cuerpo por fuera de la ventanilla.

En París tengo yo un amigo andaluz, hombre formal, pero que no puede olvidar dónde nació. Cada vez que le encuentro ha de hablarme de cosas muy interesantes; pero como no quita ojo á derecha é izquierda, suele interrumpir la conversación más interesante con apartes brevísimos, que como suele decirse, no vienen á pelo. Y es que ha visto pasar á alguna de esas lindas personas que ponen carne de gallina.

—Sí, señor—decía hace un mes.—La situación de España es grave. Figúrese usted que falte la representación más alta de la monarquía (¡ole las francesitas con gracia!) y que en un momento dado la nación vuelva á los desastres que todos los hombres de orden hemos deplorado (¡mire usted qué mujer!), en cuyo caso, adiós tranquilidad, adiós negocios... le aseguro á usted que esto me quita el sueño (¡señores, qué pierna!) y que no tengo humor para nada. (¡Uy, uy, uy, las barbianas.)

No hay medio de entenderse con él. Un día le detuve y le dije:

—Ya sé la desgracia que han tenido ustedes...

—¡Ah! mi madre política... sí, yo la quería como á una madre... (¡Vea usted esa chiquilla!)

—¿Cómo?

—Como á una madre. Mi mujer está todavía en la cama del disgusto, tenemos un niño con

dolor de costado, en fin, una serie de penas... (¡Benditas sean las personitas *de veras!*)

Ya no sabe uno á que atenerse con este hombre. Y es que el tal, se cree en España y en la Puerta del Sol ó en la calle de las Sierpes, de Sevilla...

—Cochero, á la calle del Príncipe, 14,—decía ayer una señora.

Y el cochero, inmediatamente:

—A *la fin* del mundo la llevo yo á usted. ¡Ya lo creo!

En cualquier país esto sería una insolencia. Aquí no puede ni debe serlo. La costumbre es ley, es una segunda naturaleza. Qué gobierno se atrevería á prohibir que en plena calle diga un hombre de bien á la buena moza que ve venir:

—¡Bendita sea la madrecita que echa al mundo esas cosas, vaya usted con Dios y vaya usted despacio pa que se la vea!

Maridos, hermanos, novios, no os ofendáis cuando el hombre del pueblo, sin respeto á la compañía, dice piropos á la mujer bonita que va á vuestro lado. En esto, ni hay malicia ni ofensa, es la patria española, la poesía popular que ha creado esos cien mil cantares, los cuales, sin las flores, no existirían. La Emperatriz Eugenia iba con varias de sus damas camino de la Alhambra, y un gitano que venía en dirección opuesta montado en un burro, al ver

aquellas siete ú ocho mujeres, todas guapas, se quitó su sombrero de catite, sabiendo quienes eran, y dijo:

—¡A modo que se alegra uno de haber nacío!

¿No es esto más espontáneo, más grande que un viva?

¡Hip, hip, hip, hurra! hubiera dicho un inglés. El gitano dijo lo que procedía en tal caso.

¡Qué de ternezas en nuestros piropos, que yo no vacilo en calificar de nacionales!—¿Has visto á la novia del amo?—le preguntaba un cortijero á otro.—¡Na más que una ves, poique me dejó siego!

Los soldados son únicos para estas cosas.—No deje usted pasar á nadie, hombre ni mujer, sin dar aviso,—le dijo el cabo á un centinela,—deseo saber quién viene.—Al paco rato llega al cuartel una guapa chica.—¡Cabo é guardia—grita el centinela,—la Virgen der Carmen!

La religión, confundida con la galantería, ha producido millones de requiebros sacrílegos, pero preciosos. El pueblo devoto ha de llamar á la mujer bonita Virgen de algo. Lo de Virgen ó reina es frecuentísimo. Reina mía, reina del mundo, reina de mi corazón... ¡La monarquía contribuye mucho á esta floricultura callejera!

Delante de la Duquesa de *** se puso un marinero en Cádiz con un cigarrillo de papel apagado.

—¿Pero qué quiere usted?—dijo ella.

Y él, señalando con el cigarrillo á los grandes ojos negros de la gaditana:

—¡Si me hasía usté el favó de darme fuego!

En vida y en muerte hemos de ser galantes. En el hospital de San Antonio, de París, se estaba muriendo un emigrado español á quien fuimos á dar un socorro, y mirando á la Hermana de la Caridad, que no le entendía, estaba diciendo y dando boqueadas:

—¡Como me ponga bueno te saco del oficio!

Pero el rey de estos jardineros de flores *morales* fué aquél suicida que se arrojó de un sexto piso, y al pasar por delante del principal, cabeza abajo, vió á una rubia y dijo:

—¡Ole las vecinitas!

Un segundo después estaba hecho pedazos.

¡IRUN!

De París á Madrid, los ojos y el deseo, van buscando, así que amanece, las montañas navarras que han de anunciar la presencia de la patria española.

—¡Aún no!—dicen con su mudo lenguaje los pinos de las Landas, los árboles de las cercanías de Bayona, las villas y los lagos de Biarritz, que se ven al paso...

—¡Aún no! Hay que soportar todavía tres ó cuatro horas de vida francesa, y de cielo nublado, y de lluvia menuda...

Pero, á las once y media, el tren pasa por el puente de Bidasoa; gendarmes y carabineros, están confundidos: allí, está la barca; allá, Fuenterrabía....

—¡Irún!—gritan los mozos—¡Ya estamos en España!

Si supieran aquellos vascos españoles de las boinas azules, y los migueletes de las boinas

coloradas, y las alegres muchachas que se pasean por el andén, y los guardias civiles que se cuadran á la llegada de la extensa fila de coches, si supieran cómo los quiero yo, y la satisfacción íntima que siento al verlos, creo que todos acabarían por ser amigos míos.

¡Ya lo son!

Sin conocerles me dirijo siempre á ellos, les pregunto cualquier cosa, les pido fuego, ¡qué sé yo! La cuestión es apresurarse á estar entre los nuestros. Un compañero de viaje me estaba observando dos meses há, desde la puerta del restaurant de la estación, con cierto asombro mezclado de temor. Habíamos venido juntos desde París y el hombre no había notado en mí el menor fenómeno nervioso. Nuestra conversación había sido tranquila, reposada; bajamos en las estaciones francesas á comer ó almorzar, y, el compañero, (que era un italiano), me hizo notar la limpieza, la elegancia, la grandiosidad de esta *gare* ó de la otra, la compostura de las gentes, la riqueza del país. Yo asentía á todo, porque, la verdad, no se puede negar, pero solía decirle:—En España no encontrará usted nada de esto, pero hay otra cosa.—¿Qué cosa?—Ya verá usted, ya.—Y mi hombre estaba preñado de curiosidad.

Llegamos á Irún. Bajo de mi vagón precipitadamente, corro al vendedor de los periódicos. Á ver, *El Liberal*, *El Imparcial*, *La Corresponden-*

cia, ¡vengan todos los que *tengas!* Allí ya tuteo á casi todo el mundo. Á ver, ¡fósforos! Esos fósforos que tienen pintados en las cajas toros y toreros...—¿Me hace usted favor de fuego?—digo á uno—¿Qué hay de nuevo por aquí?—digo á otro—¡Aguadora!—¡Agua!— Vamos á comer cosas del país.—Hola, mozo, ¿cómo va? —Yo conozco á ése...—¿Está ahí Gayarre?—Chico, ¡eh!, toma la llave, hazlo tú todo, factura, registra, tráeme al comedor eso.—¡Eh, Fulano!—¡Chica!

Mi compañero de viaje creía que me había vuelto loco...—Pero, hombre, ¿qué es lo que busca usted, qué quiere, qué le pasa?—decía—¿Qué he de querer? ¡hablar con los míos, volver á pronunciar en español, fumar mi tabaco, encender *mis* fósforos, leer *mis* periódicos, saludar á *mis* aldeanas, dar la mano á *mis* conocidos! Esto es lo que iba usted á ver, esto es lo que no hay del otro lado, ¿ve usted? Aquí me conoce todo el mundo, aunque sólo sea de vista; aquí no estoy ya lejos de familia y amigos, ni puedo pasar apuros, ni enfermar sin ser asistido, ni preguntar sin que se me responda, ni llorar sin que se me consuele... ¿Ve usted allá, aquella villa, pueblo, ciudad, ó como quiera usted llamarla? Pues eso es Irún. Y, ¿sabe usted lo que s Irún? Creerá usted, porque lo dice la *Guía*, que es el último pueblo de la nación cuando se le y el primero cuando se entra, y que tiene

tantos habitantes, y demás explicaciones para viajeros de poco más ó menos...

—¡No, señor! Para mí, este es el pueblo más grande de la Península, y en el veo yo al entrar la Giralda de Sevilla, y la Catedral de Toledo, y la Virgen del Pilar, y el Obelisco del Dos de Mayo. Es la patria, amigo, es el país con que se sueña todos los días cuando se vive lejos, y al entrar por el puente del Bidasoa, yo siento en el aire algo como millones de besos que vienen á despertarme de un largo sueño; comamos, bebamos, riamos; el sol brilla más, las gentes son más simpáticas, la lengua es más sonora, la música más grata...

Y mientras hablo así (porque este lenguaje es casi siempre el mismo en cada viaje), pasan y repasan por el andén los fornidos muchachos que llevan y traen maletas y baúles: admiro los rostros curtidos y la expresión varonil de los muchachos que pasean, y oigo á lo lejos la guitarra, y el corazón parece querer saltar del pecho...

¡Ay!, pero á la vuelta, ¡qué hondísima tristeza! Ya desde San Sebastián comienza el alma á sufrir, temerosa del fin del viaje.

—¡Ya queda poco!—dicen ó parecen decir las pescadoras de Pasajes, los guardias encapotados, los carteros del campo, las vecinas que asoman por las ventanas de los caseríos á ver pasar el tren, los chiquillos que gritan

á coro saludando desde la carretera, allá abajo.

—¡Ya queda menos!—indica el reloj de la estación de Rentería...

—¡Irún!

Esta vez no bajamos; nos detenemos algunos minutos. Allí se quedan boínas y tricornios, sombreros de teja y uniformes azules, niñas bonitas y rebaños tranquilos, las montañas de Navarra van desapareciendo á la vista, á los caseríos suceden las casitas francesas, entramos en el puente; al bullicio y alegría del pueblo español, franco y risueño, suceden la seriedad y los cumplimientos, el silencio y el orden en todo. Quedóse Irún detrás, ya no se ven caras conocidas ni se cambian sonrisas y saludos... ¡Hendaya! Otro país grande, rico, frondoso, elegante, limpio, atractivo, pobladísimo, cuidado, espléndido, sí, todo lo que se quiera.., ¡pero no es el mío!

—Al venir, desde las primeras horas de la mañana, me siento desasosegado, inquieto, impaciente, todo me parece mejor, algo dentro de mí me manda reir y celebrar el viaje...

Al volver, y una vez pasado Irún, sólo siento la necesidad de entrar en el vagón, arrojarme sobre los almohadones, ocultar la cara en ellos y dejarme seducir por el recuerdo de lo pasado... Así durante dos horas, voy recordando la última canción, el último aroma, los chistes del

amigo, los versos del poeta, la puesta del sol, los acordes de la guitarra, las carcajadas de la alegre comida, la discusión apasionada, los campanarios, y los árboles, y las montañas, y los rebaños, y las aldeanas, y los chiquillos del camino...

¡Bah! ¡No hay más remedio! Adiós la franqueza y la espontaneidad y toda comunicación de afectos y pasiones. Hagamos nuestro papel lo mejor posible...

Aún se ven allá detrás los picos de los montes. Aún se ve Irún, ¡adiós, madre España, hasta la vuelta!

Al paso, suelo ver en los alrededores de las poblaciones los cementerios sembrados de tumbas y columnas blancas, alrededor de las que se ven plantas y flores...

—¡Oh, Dios mío!—me digo en la soledad de mi vagón, que aunque vaya lleno para mí está vacío...—Si muero en tierra extranjera... ¡que por primera medida los habitantes de Irún me lleven á la ansiada frontera!

1886.

POBRES RUMBOSOS

¡Lo de siempre!

Se han visto con algún dinero dos docenas de pobres industriales, y enseguida han echado la casa por la ventana y han obsequiado á todo el que ha pasado por la calle.

Es el eterno pueblo de Madrid, pobre, pero fantástico (acento en la í,) resignado á su pobreza en los malos tiempos, y *grande* de España en los buenos. Generoso hasta la exageración enmedio de su pobreza, socialista (*cristiano* que no es lo mismo que socialista católico,) es decir, ejerciendo de Cristo popular en masa, dando lo que tiene y contrastando con los fariseos y ricos pobres.

¡Cuántas veces hemos visto favorecidos con el premio gordo á personas ya ricas ó á individuos de la clase media, que no han celebrado esas sorpresas de la suerte con actos de caridad!

Todos los años *cae* el gordo en el seno de al-

guna familia bien acomodada ó en el faustuoso hogar de algún ciudadano á quien no le hacen falta 30 ó 40.000 mil más de ingresos. Nunca oimos decir que el favorecido se acuerda de que hay enfermos en los hospitales, huérfanos en los hospicios, mendigos por las calles... Gracias que hagan un regalo al lotero, como si este fuese el que sacó el número del bombo. ¡A los niños que hacen la extracción no suelen regalarles nada!

Pero les toca el premio gordo *en un décimo*, es decir, en lo menos posible, subdividido en posturas de *dos* y *cuatro reales* á la Pepa Prado á Angelita la Peregilera, al vaquero de la calle de San Joaquin, á Vicente el cacharrero, á la señora Catalina, á la Alejandra, á Ciriaca la Conejera, y á otras diez ó doce madrileñas de abajo, descendientes de aquellas que silbaron á Murat y aclamaron á Prim, y murieron en el dos de Mayo y pelearon con nosotros en la plaza de Anton Martín, *á ésas* que ayer defendieron el suelo patrio y hoy entierran juntos á los amantes infelices; y lo primero que se les ocurre es convidar á todo el barrio, á todos los transeuntes que pasan junto á ellas.

¡Todo regalado! ¡Verduras, frutas, aves, caza, allá vá todo gratis, y allá vá el rumbo madrileño!

¡Ah! ¡Qué ejemplo para los ricos avaros, para los millonarios *pobres*, para los acaparadores de

la riqueza pública, muy devotos y muy reaccionarios, y la mayor parte de ellos incapaces de dar una migaja de sus fortunas á los desgraciados!

Compárese lo que representa la parte de cada una de esas verduleras, peregileras, friteras y vendedoras ambulantes en el décimo de la lotería, con los millones ganados en contratos de abastos, barcos de lujo, fundaciones de conventos, obras públicas, arriendos al Estado, operaciones de Bolsa, *puertas* del juego, y tantos abusos de carácter legal ó ilegal que han creado la riqueza que esas infelices vendedoras de la calle ven pasar indiferentes junto á éllas; compárese todo eso con la modesta suma que significa la insignificante participación de *dos releas* en un décimo, y con el impulso de generosidad que produce en las buenas almas del pueblo de Madrid, y se verá cuán digno de respeto es un pueblo tan sufrido y tan sinceramente cristiano.—Yo soy feliz en este momento—ha dicho para sí cada uno de los agraciados.—Pues que lo sea todo el mundo! Y las mercancías han pasado sin precio á manos de los que iban llegando. El ciego de la guitarra, el chiquillo de los periódicos, la criada de enfrente, la amiga desgraciada, el conocido que no jugó, el cesante de la buhardilla, todos habían de participar de la alegría general! Es la raza invariable, representada en la vendedora de periódicos, que

al oirme decir la otra noche á un pobre á la puerta del Ateneo:—«No tengo más que un duro en una pieza, mañana te daré diez céntimos»—Salió diciendo:—¡Yo los pongo por usted, señorito! Y me adelantó, sin conocerme, la suma. He corrido toda Europa y parte de América, y no había visto cosa tan grande en ninguna parte.

Hablamos todos los días en los periódicos de personajes y de eminencias, cursis que no han hecho nada por la humanidad y conquistan la notoriedad dando bien de comer y pronunciando discursos hueros, y no les concedemos importancia á esos millares de personajes de la caridad, del desinterés y de la abnegación callada que juntos componen el eminentísimo personaje llamado *el pueblo trabajador*, con un corazón más grande que su propia colectividad. Hay que celebrar y elogiar estas expansiones del alma colectiva, estos momentos de grande altruismo (creo que en este caso la palabra es oportuna) en que los pobres, al creerse ricos con ocho y diez mil reales, le dicen al que pasa por delante de su tenderete de verduras:—¡Toma lo que quieras, porque hoy soy yo rico!

Con facilidad dejo pasar, sin salir de mi rincón, fiestas y saraos, estrenos ruidosos, grandes paradas y sucesos de resonancia; pero siento no haber presenciado ayer el conmovedor espectáculo de esos humildes industriales que con

generosidad nacida del alma, ofrecían sus mercancías á los transeuntes, y no durmiera tranquilo si no les dijera desde las columnas de un periódico popular:—¡Oh, pobres rumbosos, para vosotros se escribió el Evangelio! que sea enhorabuena!

Diciembre 97.

FIN DE «OLORES PATRIOS»

VERSOS NUEVOS E INEDITOS

CON UN PRÓLOGO

DE

SALVADOR RUEDA

EUSEBIO BLASCO

PRÓLOGO

Sr. D. Wenceslao Blasco.

Mi querido amigo: Desea usted que yo diga algo, á modo de prólogo, referente á las producciones de su padre de usted, y no hay para mí cosa más grata que adorar la memoria de un hombre ilustre, el cual se arrancó de su propio cerebro y no del de Lavedan, Hervieu, Capus, ni Donney, su teatro personal, y que á sí mismo se arrancó las poesías de la propia sensibilidad, y no de la del clorótico Mallarmé, ni de otro derrengado por el estilo.

A su padre de usted se debe, á mi juicio, (que no trato de imponer á nadie), la nueva fórmula del teatro moderno. Sí, porque Gaspar, aunque contemporáneo de Eusebio Blasco, y aunque también iniciador del teatro moderno en España, fué seco, espartoso, falto de gracia ondulante de la que encandila el espíritu; y, á pesar de todo su ingenio, *(no*

carambolesco), que me complazco en reconocer, no tuvo la llama divina que prende fuego á corazones y frentes de una época, produciendo un renovamiento, un largo reguero de arte. Esto, cuanto al arte dramático *grande*, que respecto del *chico*, salvo los constantes hurtos, descarados, ó disimulados, del tesoro mental extranjero, el sainete viene empapado de españolismo, y original y fuerte, desde el soberano Ramón de la Cruz. Cambio *La canción de la Lola*, de Vega, por todo el teatro grande traído de *extranjis* bajo máscara de original.

El teatro de su padre de usted está apoyado en la vida, en lo humano, visto con ojos propios y no á través de las antiparras de nadie; no se vuelve, como otros teatros sin médula, conversación, y conversación y conversación, despojada de seres reales; al cerrar los ojos para ver, imaginativamente, teatros distintos, en el de Blasco se ven personas determinadas, cuerpos que tienen la consistencia humana, mientras que cerrando los ojos para ver qué figuras de verdad arrojan otros artes de *casca rilla*, la mirada interior sólo ve un mar, un océano inmenso de palabras.

Y eso que le ocurre á Eusebio Blasco en su teatro, le pasa en su poesía lírica. Su musa es original, y apoya ambos pies en la vida, en la realidad. *Soledades*, debido á esas condiciones, es un libro que vivirá siempre. Y no se diga que el autor no poseía la alta presión que se necesita para *liquidar*, por decirlo así, idioma é ideas, y hacer de ambas cosas

el cuerpo ondulante, musical é impalpable de la poesía, donde no van trozos de pensamientos no fundidos. Blasco tiene el poder absoluto de dar en una corriente de ritmo hecho estrofas, todo su cerebro y toda su sensibilidad como una condensación del espíritu, sin que hayá una idea no digerida ni un pensamiento ajeno á la fusión poética. Véase, en prueba de ésto, la composición del citado tomo *Soledades*, titulada *Las Ferrerías:* allí va concretamente, sí, diciendo lo que quiere decir el poeta, pero envolviéndolo todo, pasa una alta y grande corriente musical con toda la gama de la expresión. En la cadencia, en el andar de las estrofas, en su són ondulatorio, va la *expresión total*, la que no se puede decir con la escueta sintáxis ni con la lógica escueta. En esa poesía llega Eusebio Blasco á rayar en el sitio más alto donde otro rayó.

Y en todos los versos de Blasco hay *fluído musical* que corre fundiendo las líneas, aunque no en grado tan intenso como en *Las Ferrerías*. Luego el autor de *Soledades* es un *pleno*, un *absoluto*. Todas sus demás poesías, están también *cantadas* aunque al pronto no lo parezca.

Aparte de lo que siempre va *determinadamente* diciendo, corre á través de las estrofas el són la vibración que lo canta. Habla de lo diario, de lo del ras de la vida, de lo que en el alma y en el suelo material no se levanta más que á la altura de los cotidianos afanes, del vivir al minuto; y, sin embargo, todo eso está sometido á una fluída corriente rítmica.

Rara vez, como en *Las Ferrerías* de *Soledades*, será la inspiración de Blasco águila que baje á la vida, le clave las garras á una idea y se la lleve á las alturas de los cielos para hacer una gran síntesis de modo que la vea toda la humanidad; pero, en cambio, su *inspiración de todos los momentos* es algo muy divino; es una golondrina de luz que vuela al ras de la tierra y con sus alas lo va sembrando todo de chispas de luz. Esa golondrina de su inspiración, roza todo lo humano, lo vivifica, y le da una eterna frescura.

Ahora que vuelvo á releer á Blasco, estoy enamorado, cada vez más, de sus *Soledades* y de sus *Corazonadas*. En este tomo, á mi parecer, la golondrina tiene las plumas más largas y sintéticas.

¡Oh, por Dios; no dejad de ver pasar ese pájaro divino á lo largo de las poesías de este maestro, adorador del modelo real, del cánon inmutable! A todas las cosas vulgares (al parecer vulgares) les va poniendo una motita de luz para que brillen, á todos los objetos los pone algo espiritual, á todas las personas, las acaricia, las toca y haciendo una cabriola graciosa, huye. Es fugaz y volátil y lleva todos los tornasoles del alma..... El poeta que posee ese pájaro original, es un encantador, un mago, un *virtuoso* del espíritu.

¡Y las *Crónicas* de Blasco! En ellas, el autor de *Alta chulería* (de lo más español y humano que se ha escrito) caza anécdotas, datos, detalles, con la gracia y la ligereza con que se pilla en el aire una mariposa.

Así como (y va de imágenes), la inspiración de este gran hombre, me parece una golondrina que recorre, rozándolo, todo el haz de la vida, la inspiración de sus Crónicas me parece una vivísima mariposa que en todo se para, todo lo ve, todo lo huele, todo lo toca, enmedio de un temblor entrecortado de alegría. La golondrina aludida no se para; la mariposa de que hablo sí; pero es solo para recoger detalles, para beber electricamente el espíritu de las cosas, para echar un vistazo, para clavar sus millares de ojos en un punto, para apenas enterarse, para apenas orientarse, para agarrar con las dos alas como con dos dedos de polvo de oro, esta fecha, la otra cita, aquella afirmación. Y en ese *trémolo* loco, en ese temblor, pasa y va y viene por la vida como una llama intelectual, como un visible temblor psicológico, como un rizamiento de luz.

Pero nada se escapa á este insecto bellísimo, ni personajes, ni costumbres, ni leyes, ni arte, ni religión, ni Naturaleza. No hay barreras en el ambiente mental para su paso. Lo mismo se posa en un misal, que en la *Gaceta*; lo mismo se para en unos divinos ojos de mujer, que en la calva de un viejo; lo mismo en los labios de un muerto, que en una pandereta; revolotea sobre un cáliz de altar y se detiene en un estómago hambriento; se cuelga del moño de una actriz y se para en la blanca cuartilla de un poeta; revuela por los pentágramas de los músicos; por las levitas de los banqueros; tiembla en las tiaras de los Papas; palpita en las coronas de los Re-

yes; va á la grupa del caballo de un general; se para en el dintel de un nido; se posa sobre una máquina de guerra; y hace remolinos sobre todas las cosas de la vida.

Pero la trama de esa golondrina de que hablé y la trama de esta loca de atar, son urdimbre de acero, malla de bronce, cosa que ningunas manos pueden romper.

Eso que parece tan inconsistente y fugaz, tiene el temblor eterno de la vida, la palpitación humana. Y visto así, que es como debe verse, Blasco es un robusto, un sano, un inmortal.

¡Feliz de mí que vivo para poder tirar sobre la tumba de este hombre original un gran brazado de flores!

SALVADOR RUEDA

NOTA. En este tomo va un puñado de poesías, mejor dicho, de notas íntimas rimadas, de esas que revelan la espontaneidad del autor.

Ciertamente que no constituye esta brazada de poesías breves, cosa fundamental ni nada importante en el total de las obras de Blasco; pero sí se ve en ellas la pasmosa facilidad con que las rimas se le venían á la pluma. Hay quienes opinan que éstos rasgos íntimos, sin importancia capital en los autores, no se deben publicar; á mi me parece que nada pierde un gran escritor

con que se de al público estos resíduos de la inspiración; ¡quién sabe si, por ejemplo, en las cartas que á diario se escriben á los amigos, va disperso, pero seguro, un afluente caudal de ideas y emociones que constituirían algo de un altísimo valor!



UNA CARTA

Mi querido Blasco:

Cuando alguno de sus chicos publique el primer tomo de poesías, entonces le escribiré un prólogo *presentándolo al público*; pero en cuanto á los versos de usted no quiero escribirlo, porque sería ponerme en *ridículo*. Es en usted una modestia casi tonta, desear un prefacio escrito por mí; y yo sería un fatuo insoportable si hiciese el juicio de un contemporáneo que escribe los versos mejor que yo, que es más conocido y que tiene una reputación literaria más justamente adquirida que la mía; y todo esto unido á que es mejor mozo y que ¡ay! tiene usted la mitad de los años que yo.

Con que dicho ya que *no* quiere, sólo le falta decirle que le quiere,

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Enero de 1873.



DOCE DE OCTUBRE

Doce de Octubre: al alba
Despertarán mis hijos;
Estrenarán sus galas,
Según costumbre anual,
Y al templo más cercano
Irán conmigo todos,
De sus cristianos padres
Siguiendo el paso igual.

Allí oraremos juntos,
En dulce paz unidos,
Ante la santa imagen
Que nuestro escudo fué;
Como en mi infancia, al lado
De aquella madre mía,
Rezaba yo en el templo
Donde nació mi fe.

¡Oh, fe de mis mayores,
Sostén de mi existencia,
Consuelo de mis penas
Y santa devoción!

¡Oh nombre venerando,
Del alma compañero!
¡Lábaro victorioso
Del pueblo de Aragón!

Á tí lo debo todo;
Mis fuentes de esperanza,
Mis glorias de trabajo,
La calma de mi hogar.
Tu fe me infunde aliento,
Tu nombre es mi bandera,
La patria es tu recuerdo,
¡Oh Virgen del Pilar!

Tú eres la santa enseña
Que de la patria lejos
Preside cuanto alcanzan
Mi vida y mi razón:
El templo en donde rezo,
La cama en que reposo,
Y el santo escapulario,
Cubriendo el corazón.

Tu rezo es mi consuelo,
Tu invocación mi guía,
Tu imagen mi esperanza
Tu culto mi moral;
Y en la dolencia grave
Y en la amargura sorda,
La curación suprema,
La calma sin igual.
¡Ultimo y solo resto

Que de Aragón me queda!
De sus heroicos muros
En mocedad partí;
Mis deudos y afecciones
Borraron tiempo y muerte;
Y acaso por extraño
Pasar pudiese allí.

Pero llevé conmigo
La fe que en su regazo
Supo infundir al alma
La más santa mujer;
Y el íntimo latido
Del pecho que protege,
La Virgen, que lo siente,
Lo sabe agradecer.

Su nombre me recuerda
Mi dulce hogar tranquilo,
Los árboles añosos,
Las flores del jardín;
El són de las campanas
En las enhiestas torres,
Llamándome al rosario
Del día en el confín.

Y allá en la tarde obscura,
De vuelta del trabajo,
Los rudos labradores
Tornándose al hogar;
Y el són de las guitarras,
Y el Ebro rumoroso

Corriendo al pie del muro
Del templo del Pilar.

¡Oh cuántas veces, cuántas,
Tan plácidas memorias
Calmaron mis dolores,
Doblaron mi tesón,
Jurando ante mi Virgen
Ser fiel al patrio suelo,
Luchando sin flaquezas
Cual hijo de Aragón!

Mis hijos la veneran,
Y al acostarse, unidos
Repiten la plegaria
Que me oyen murmurar:
Y así en sus oraciones
Confunden patria y rezo;
El canto de la abuela;
¡La Virgen del Pilar!

Cuando mi afán se logre
De verles ya criados,
Y viva en ellos siempre
La fe que nuestra es,
Allá iremos los padres
Unidos con los hijos
Al templo inmaculado,
Baluarte aragonés.

«Aquí os los presentamos,
Señora y madre nuestra,

Nacidos y criados
En santa devoción.
Como velaste siempre
Por los que el sér les dieron,
Velad por nuestros hijos,
Que prenda vuestra son».

Mas si por suerte ingrata
Mis huesos á la tierra
En extranjero suelo
Un día han de volver...
¡Oh hermanos españoles
En Aragón nacidos;
Nobles aragoneses,
Ved lo que habéis de hacer!

Tornadme á Zaragoza
Y al monte de Torrero,
Y dadme sepultura
Allí en mi patrio hogar;
Y tenga por mortaja
La nacional bandera,
Y en las cruzadas manos
Mi Virgen del Pilar!

1899.



HIMNO DE LA JOTA

¡Cantemos la Jota,
Jota de la tierra,
cantar de la infancia,
himno de la guerra!
¡Cantemos la Jota,
Jota de Aragón,
nobles y baturros
oigan la canción!
A la Jota, Jota,
por ella vivimos,
con ella nacemos,
con ella morimos.
A la Jota, Jota,
que corra el cantar,
Jota de la santa
Virgen del Pilar.

—

Cantando la Jota
vieron mar y tierra
á nuestros abuelos
pregonando guerra.

Cantando la Jota
llegamos á Oriente,
y en Turquía fuímos
asombro á la gente.
Cantando la Jota
la Italia ganamos,
y allí nuestras glorias
alegres cantamos.
Cantando la Jota
nuestra raza fué
señora del mundo,
sostén de la fe.

—

Al són de la Jota,
del muro en las brechas,
las águilas fuertes
cayeron deshechas.
Al són de la horrísona
tronante metralla,
respondió en los muros
la alegre rondalla.
¡Allí nuestros padres
cayeron á cientos,
y al són de la Jota
murieron contentos;
y al ver alejarse
la odiosa legión,
cantó alegres Jotas
triunfante Aragón!

—

¡Oh, Jota que meces
el niño en la cuna;
ronda de amoríos
en noches de luna;
canto del trabajo,
luz de los hogares,
canción de los verdes
patrios olivares;
són de independencia,
sol de Zaragoza,
honesta alegría
de la gente moza;
tú eres sangre y vida,
del alma legión,
bien haya mil veces
tu mágico són!

—

Oyendo tus notas,
juraron los Reyes,
juntáronse Cortes,
nacieron las leyes.
Tú eres de los fueros
el canto bravío,
y ahuyentas la peste
y encauzas el río.
Eres del que sufre
la plácida amiga,
rasguea tus cantos
quien triste mendiga.
Reinas en las bodas

y mandas bailar;
te canta el marino
cruzando la mar.

—

Tú arrullas las horas
sin fin del obrero,
te canta en la reja
triste el prisionero,
recuerda la patria
por tí el desterrado
y canta sus penas
el enamorado.
Alegran tus ecos
las verdes campiñas,
segando los trigos,
podando las viñas.
La ruda campaña
ó el duro cuartel,
soporta el soldado
si tú vas con él.

—

Contigo por norte,
buscando fortuna,
van los estudiantes
corriendo la tuna.
Bandurrias y hierros
y alegres violines
contigo del mundo
doblan los confines.
¡Tú vas paseando

por plazas y calles,
por mar y por tierra
y montes y valles
el nombre adorado
del grande Aragón;
tú eres de su gloria
constante pregón!

—

Al són de la Jota
¡oh nobles paisanos!
unidas las almas
y juntas las manos,
juremos que siempre,
y allí donde estemos,
cual hoy lo partimos
el pan partiremos.
Podrán las pasiones
romper nuestros lazos
mas si un día llega
que, falta de brazos,
la patria, en peligro,
nos manda llamar,
allá iremos todos
al són del cantar.

—

Y tú, santa imagen,
que por todos velas,
que al pobre cobijas
y al triste consuelas;
lábaro invencible,

regia capitana,
luz del caminante,
sol de la mañana:
tú eres nuestro escudo,
la región entera,
la madre de todos,
la patria bandera.
Guía nuestros pasos
con tu santa luz,
y cante la Jota:
¡bendita eres tú!



¡VERSOS... LIBRES!

A UNO

Déjame, oh dulce y cariñoso amigo,
que ayes del alma mi dolor te envíe,
y mis pesares con acento mustio
cuente á la plebe.
De aquel sufragio universal famoso,
noble conquista de mis verdes años
y por el cual un veintidós de Junio
yo anduve á tiros,
Ya no nos queda, para mengua hispana,
más que el recuerdo y la afición perdida,
golfos que votan, muertos que reviven...
y algún trancazo.
¿Do están los hombres que á luchar con gloria,
contigo y otros de la fiel mesnada
debieron ¡ay! ensangrentar unidos
la Guindalera?
¿Ubinam gentium nuestra sangre corre?
¿Qué hay de aquel trigo que anunció la fama?
Voces ignotan la venganza piden
de Juan Muguiro!

Yo que pensaba celebrar cantando
inmenso el triunfo en públicos festines,
libando al par del Rhin y el Valdepeñas
el vil tintorro;
Yo, que esperé de rosas coronada
alegre ver la concejil nobleza
y acompañar á casa con antorchas
á los magnates...
¿He de sufrir que las odiosas, anchas
cráteras, lances papeletas *finas*
y aquellos fieles electores nuestros
me salgan chulos!
Vencidos ¡ay! por huestes barrenderas
ó por hombres indoctos de la chusma
que llevan ¡oh, vergüenza! palomillas
en las corbatas!
¡No! Yo me voy á donde no me vean,
ojos humanos, y á ocultar mi duelo
en un rincón de las enhiestas, verdes
vascas montañas.
¡Allí, á lo menos, las burlonas voces
no escucharé del pueblo desbordado
que dice desde ayer que no tenemos
cuatro pesetas!
Oro de Cubas, plata de Corvera,
luz de Chirel, pecunia de Santiago,
onzas de Prim, billetes de Uruburu..
¡me habéis partido!
Dulce vecino de la verde Huerta,
huésped eterno de Aranjuez fresero,

vital contento de la madre Venus,
Atico blando...

Si de mis ansias el afán supiste
si de los tuyos en la bolsa imperas,
vé y díles que se están jugando
mi cesantía!

¡Yo en tanto, corro, en sollozar oculto
con llanto mudo á desbordar los ríos,
mientras Antonio en saturnal banquete
corta el truchuela!

1895

CRISANTEMOS

Doradas hojas de la flor de Oriente
que cultiva la esbelta japonesa,
gentil adorno de la rica mesa,
¡prendas de amor de la pasión naciente!
Bendito el ramo, mudo confidente
que en mi rincón, cuando el trabajo cesa,
los fatigados ojos embelesa
y se va marchitando lentamente...
A la par van cayéndose mis canas
y de la flor las amarillas hojas
cuando el alba sonríe en mis ventanas;
y así, tiempo tiránico, deshojas
las flores muertas en las blancas planas,
¡las ilusiones en las ascuas rojas!

1900.

ALCALÁ DE HENARES

Patria de tantos ingenios,
cuna de tanto esplendor,
si España despareciera,
que no lo permita Dios,
con tu recinto bastara
para salvar nuestro honor.



PETICION

Querido amigo Foronda:
tengo con usté un empeño
y espero que me responda
del modo más halagüeño.
Casado estoy, por fortuna,
con una linda mujer
—sin ofender á ninguna
que le escuche á usted leer.
Si hay *antojos* discutibles
en conyugales amores,
hoy los creo irremisibles
¡porque está en meses mayores!
Más que todos los tesoros
del Universo, le place
ir á la función de toros
que habrá cuando el regio enlace.
Sus ilusiones logradas
por usted quiero esperar
con dos ó tres andanadas
que nos va usted á mandar.
Si usted no es amable y fino
temo que mi compañera
me largue un *sietemesino*
con una capa torera.

Los billetes, pues, espero
para poder proclamar
que es usted más caballero
que los que van á lidiar,
y ofrecerle por memoria
de este suceso importante
y para recuerdo y gloria
de un diputado galante
una corona triunfal
con esta frase escogida:
¡¡Al salero provincial
la preñez agradecida!!

Enero 1878.



A ISABEL DE PEREYRA

(EN SU ABANICO)

De tu madre heredaste la hermosura,
Y de tu padre tienes el talento;
De Francia recibiste la cultura,
De España el corazón y el sentimiento.
Tanto y tan bueno tienes... que se explica
Que al saludarte digan:—¡Adiós, rica!

A LA DISTINGUIDA SEÑORA CELINA GONZALEZ DE CALZADA

(EN SU ÁLBUM)

Hija de un país libre,
mujer de un gran patriota,
famosa en la hermosura,
dichosa en el hogar,
el cielo generoso
te dió todos sus dones;
¡qué mil años te duren,
mujer sin ejemplar!

A LA SEÑORITA VIRGINIA DURAN

(EN SU ÁLBUM)

Pese á los hados adversos
feliz serás, hija mía;
te lo aseguro en estos versos
para que conste en su día.
Y si al fin de tu existencia
yo no he tenido razón...
¿no he de hallar benevolencia
para mi buena intención?
Pero no será engañosa
mi predicción de amor llena;
¿cómo no has de ser dichosa
si dicen que eres tan buena?
Por más que haya pesimistas
que con injusto desdén
duden de las mil conquistas
que logra en el mundo el bien,
yo, que tengo fe completa,
te anuncio un gran porvenir
que la desgracia respeta
al que la sabe sufrir.
Goza, pues, de tu virtud
el victorioso trofeo
en tu hermosa juventud...
y con la cabal salud
que yo para mi deseo!

11 Marzo 1878.

(*) Gloria de la patria escena
Rojas con pluma galana
dió á la turba cortesana
diversión grata y amena;
y hoy que aun el eco resuena
de su grande inspiración
le rinden admiración
las damas de este corral
trocando el rico brial
por la trusa y el jubón.

Solo hicimos tal enredo
por añadir nuevas hojas
á los laureles de Rojas
y Rojas nos puso el miedo.
Sirva de excusa al denuedo
el dramático interés
y aplaudan cual de quien es
obra tan culta y discreta,
que es grande siempre y completa
aun haciéndola al revés.

(*) Estas décimas las compuso Eusebio Blasco para el final de la comedia del inmortal Rojas «Entre bobos anda el juego», representada por las actrices del teatro del Príncipe el día de los Inocentes del año 1870.



DESCONSUELO

No siento yo pasar, treinta años hace,
desengaños, y penas, y amarguras;
sufrir del tiempo las mudanzas duras;
ver que el hado en mi daño se complace;
no me duele ver cual se satisface
el que me quiere mal, en mis torturas,
ni que van siempre á mis desventuras,
ni que mi triste vida se deshace.
Hay algo más cruel que los desprecios
de la suerte, y sus ciegos varapalos,
y del valer los irrisorios, precios.
Que á mi me duelen más que cien mil palos,
la insolente fortuna de los necios,
y el humillante triunfo de los malos.

EPITAFIO (*)

Detened el paso
felices y ricos;
orad, los creyentes,
llorad los impios.
Aquí yace un hombre
mártir de su siglo,
que murió de honrado,
de pobre y sufrido.
Persiguió ideales,
combatió egoismos;
alma generosa
duerme en el olvido.

(*) Destinado al mausoleo que se proyectaba para perpetuar la memoria del malogrado escritor Rafael Delermo.



ZORTZICO (*)

(INÉDITO)

Del santo amor á la adorada cuna
el corazón recuerdo guarda fiel,
cuando al sonar la comunal campana
de niño oraba en el rincón aquél.
La tarde allí tras los azules montes
iba cayendo de la esquila al són,
y al caserío las tranquilas vacas
tornaban lentas tras el fiel *guizón*.
Mi madre amante la plegaria aquella
con santo amor me la enseñaba á mí.
Guarda, Señor, la paz de mis montañas.
¡Ozazuna Cantabria gatic!
Todos.-Guarda, Señor, la paz de estas montañas.
¡Ozazuna Cantabria gatic!

(*) De una zarzuela, planeada, de costúmbres vascongadas.



RETAZOS

Á RAMOS CARRIÓN

Mi querido Miguel Ramos:
Muy olvidados nos tienes;
pero hombre, ¿por qué no vienes
si sabes que te esperamos?
¿Estás enfermo quizá?
Me alegraré del alivio.
Expresiones á Toribio
y memorias á mamá.

Á VITAL AZA

El señor Don Vital Aza
delgado como un arenque,
se presentará en la Plaza
de Celenque,
número 1, tercero,
con sus honores de cuarto
en donde está un caballero
¡de parto!

Á RICARDO DE LA VEGA

Mi querido Ricardito:
Ven hoy á las diez en punto.
Mira que te necesito
Para hablarte de un asunto.

COMO MARIANA

En este cuadro, que refleja un alma
todo lo triste de mi ausencia vi.
Tal, silenciosa, ante la mar en calma
me está esperando la que piensa en mí!
París, Julio, 1882.

AL DUQUE DE TAMAMES

(DEDICATORIA)

Al soldado y caballero,
que en la Corte ó en campaña
y corriendo el mundo entero
ha puesto, siempre el primero,
tan alto el nombre de España.

Á MARÍA DORDA

(EN SU ÁLBUM)

Pido á Dios María Dorda,
pues te conocí tan chica,
verte feliz, vieja, gorda,
madre, abuela, noble y rica.



FRAGMENTO INÊDITO

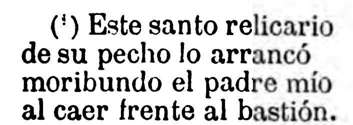
Todas las penas,
todos los duelos
ví acumulados
¡ay! sobre mí.
La madre muerta,
la patria en guerra,
los hijos grandes,
¡que hago yo aquí!

Desde la infancia
pegado al yunque
siempre en constante
febril labor;
siempre explotado,
siempre en la lucha,
¡siempre soñando
mundo mejor!

PLEGARIA (*)

Señor que nos dispensas
tu celestial favor
la patria aragonesa
cerrando al invasor
tu voz nos mande y guíe
tu fe nos dé valor
tu nombre es la victoria
¡Protégenos, Señor!

(*) Fragmento inédito de una zarzuela planeada.



(*) Este santo relicario
de su pecho lo arrancó
moribundo el padre mío
al caer frente al bastión.

Más herencia no te dejo,
—exclamó con débil voz,—
que este santo relicario,
que mi madre me dejó.

Hay dos hombres valerosos
que suspiran por tu amor,
al que elijas por marido
lo darás en galardón.

Y si tu alma en dudas vive
vacilando entre los dos,
el que logre conquistarlo
por esposo te doy yo.

Y este santo relicario
ha de ser el galardón
del que viva para amarte
ó del que muera como yo!

Los franceses se retiran
fatigados de luchar,
¡descansad, zaragozanos,
démos tregua al batallar
y al Señor démosle gracias
por los que vivos están
y pidámosle su amparo
para volver á empezar!

(*) Fragmento inédito de una zarzuela planeada.

LA SURIPANTA

A fines del año 66 escribí yo, y se representó en el teatro de Variedades, aquella quisicosa titulada *El joven Telémaco,* especie de cana al aire echada en mi vida literaria, sin más importancia que la que se empeñaron en darle los que no estaban conformes con que un disparate cómico se representara cien noches en una temporada y produjera tanta diversión, tanto aplauso y tanto dinero.

¿Era mía la culpa? Seguramente que yo nunca me figuré que *aquéllo* fuese tan ruidoso ni tan repetido. Procuré que no fuera inconveniente en la forma, ya que no tenía trascendencia alguna en el fondo. Traté de que produjera diversión al espectador y no defraudara las esperanzas de una empresa naciente. El público, que suele tener también sus humoradas, comenzó á

aficionarse de aquella especie de zarzuela; repitió por calles sus coplas y sus coros, y aun sus palabras más estrafalarias. Ello es que se empeñó la gente en celebrar la broma.

Entre el infinito número de excentricidades que en varios ratos de buen humor sembré en la obra, tal vez fué la mayor aquella caricatura del idioma griego de que me serví para hacer un coro. Un coro que empezaba con estas palabras:

Suripanta—la—suripanta... palabras, que ni yo mismo sabré decir cómo ni por qué se me ocurrieron. Bien que estas cosas se ocurren siempre sin saber por qué, ó yo no entiendo una palabra de ocurrencias inesperadas.

Cantaban el coro dos docenas de muchachas bonitas, jóvenes y primerizas en esto de cantar á coro. Ni habían sido nunca coristas, ni pisó ninguna de ellas hasta entonces el tablado.

¿De dónde habían venido? ¿Quién las trajo á tal sitio?

El empresario del teatro se había propuesto presentar al público de Madrid un género nuevo dentro del género especial de la zarzuela. Y como la novedad era su manía, quiso que todas las coristas fueran de nueva casta. Buscó, sabe Dios cómo, sabe él tal vez donde, muchachas que quisieran dejar la soledad de la casa, ó las fatigas de la costura, ó la exigua retribución de cualquier clase de trabajo, por las glorias de la

escena ó las garantías del abonado. Casi todas ellas se presentaron ruborosas y llenas de temor al maestro de coros, que les probaba la voz para admitirlas ó desecharlas. Sus madres las ajustaron por cualquiera cosa. Fogueáronse en los ensayos, lucharon como buenas en la noche de la inauguración de la temporada, contribuyendo al éxito poderosamente. Alegraron por su buen ver, su soltura inesperada, sus maneras desenvueltas y sus pantorrillas izquierdas (entonces todavía no enseñaban más que una), y el público las acogió con entusiasmo. Ellas fueron las que cantaron el coro de la *suripanta* con delicioso descaro; quiso el país darles un nombre, y como todas las palabras del coro eran nuevas, dieron en llamarlas *suripantas*, aumentando el idioma con una palabra que ya ha tomado carta de naturaleza.

Yo, pues, las bauticé. Las he visto nacer á todas como Barrutía ha visto nacer á todo el mundo. ¿Conoceré yo el tipo?

Déjame ¡oh lector dificultoso! déjame por esta vez ser pretencioso y darme aire de conocedor del terreno que piso, porque yo te aseguro que la suripanta es tal como te la voy á pintar, y puedes darte por dichoso de creerme y de que te baste el relato que te haré, sin necesidad de que vayas á buscar el original, que es lo peor que sucederte pudiera.

Y ahora escucha.

II

Una muchacha de pocos años y menos juicio, que no se acomoda á *coser* y *cantar* como tantas otras que viven por esas guardillas, se ha mirado al espejo y se ha visto bonita. Tiene despejo, sabe lucir los pies en días de lodo, ha frecuentado los cafés cantantes, sabe de memoria algunas escenas de las mejores zarzuelas de Camprodón, y canta lo suficiente para que la oigan. Ella ha visto á una porción de amigas antiguas hacer carrera en el teatro, le gusta ir bien vestida y se ha hecho á sí misma la reflexión siguiente: «Una corista de cualquier teatro gana doce reales diarios, y apenas tiene para guantes. Una suripanta gana seis ú ocho reales, y todo le sobra. ¿Pues no es esto milagroso? Hasta las hay que se han ajustado de balde.»

Esta reflexión viene á confirmarse cada vez que su madre, ó su novio, ó algún tío lejano, la lleva al teatro de los bufos. Desde la obscuridad de la galería observa detenidamente á las coristas del teatro. Ellas van elegantemente vestidas de raso y seda. Verdad es que esto, según élla á oido, lo paga la empresa. Pero ¿y las botas? ¡Qué botas! Es un axioma de moral social, que el calzado de lujo ha conquistado más virtudes que todos los Tenorios de todos los tiempos.

El lujo de las suripantas consiste en las botas. Las hay que usan botinas de quince y veinte duros. Para lucir bien estas botinas, hay que tener indispensablemente buenas pantorrillas. Ella sabe que tiene una pierna torneada sin que nadie se lo haya dicho aún, pero ya piensa en saber si se equivoca. ¿Cómo se alegraría élla de que le celebraran las piernas? Estoy segurísimo de que las mujeres que gustan de oir piropos, piensan siempre que les echamos flores y las celebramos lo que esté á la vista. «¡Qué lástima! Lo más mono está oculto.» Será un lunar, será un brazo estatuario, será... lo que sea, pero siempre hay algo que la vanidad ambrienta devora en silencio con amargura.

Pues señor, la muchacha ve una zarzuela de Offenbach, pero no la escucha. Aquel lujo inusitado de las coristas, aquella fama que tienen entre los concurrentes al teatro, aquella facilidad que hay en todas ellas de llegar á ser *partes principales*... ¿no es esto seductor en altísimo grado? ¿No es más halagüeño que coser toda la semana encerrada en casa para comer garbanzos duros como piedras, que aun duros y todo, costaron tanto trabajo de ganar y tantas horas de día y de noche?

En el entretanto, los concurrentes á la galería hablan de cosas de la casa.

—La Juana es la más buena moza.

—Es mi hija.

—¡Ah!

—Sí, señor; y no es porque sea mi hija, pero tiene más disposición que ninguna. Ahí está el empresario que la quiere más que á ninguna.

—¿Ha hecho ya papelitos?

—Sí, señor; ha hecho un paje en la *Genoveva* y una ninfa en *Los Dioses*, y en cuanto habló se le vino el público encima.

—¿Encima?

—De aplausos, quise decir, hombre.

—¿Y la otra que se pone siempre á su lado?

—La Eduarda, ¡ya lo creo! Esa no necesita que le den papeles. Está *enredá* con el hijo del duque de Salvadera; por cierto que al padre le cuesta eso muchísimos disgustos, porque, hijo mío, el niño se gasta con esa criatura los ojos de la cara. Lo que es así ya se puede gastar botas de ocho duros y pagar cuatro mil reales de casa... ¡Jesús! yo no sé cómo son algunas mujeres. Lo que es mi niña...

—Sí, creo que traen todas un jaleo...

—Ellas traerán *jaleo*,—dice un acomodador terciando la conversación,—pero el caso es que tienen buena ropa.

Estas palabras producen siempre su efecto.

¡Buena ropa! En Madrid es todo lo que hay que tener. Se puede carecer de buen pan, de buena casa, de buenos dineros, pero de buena ropa... imposible. ¡Oh! ¡La ropa! La ropa es la mujer, la ropa es el crédito, la ropa es el nego-

cio, la ropa es todo. ¿No habéis oído lo que dicen las gentes de los barrios bajos? Allí lo entienden. Allí, cuando quieren expresar que una persona no tiene corazón para llevar á feliz término una empresa, dicen siempre: «¡Lo que es *ése,* no tiene ropa para eso!»

¡Oh! ¡Pues si no fuera por la ropa!

III

Ya está ajustada.

¿En cuánto? Eso es lo de menos. El capital no significa nada, el interés todo.

Se visten estas señoritas en cuartos. No quiero decir que se visten en cueros.

Se visten en cuartos que son, por lo general, viviendas de dos ó tres personas del mismo vuelo. Reunidas de dos en dos ó de tres en tres, ahorran terreno á la empresa y gastan menos velas.

El cuarto de las suripantas tiene algo de la puerta de una plaza de toros. Todo el mundo quiere entrar á un tiempo. Suele haber cola.

En el entreacto se visten ó se desnudan las señoritas. La puerta está cerrada. Los abonados esperan á la puerta.

Estos abonados son, por lo general, gente joven, *muchachos* de buenas casas, que necesi-

tan querida por poco dinero. Ya saben ellos que la suripanta no cuesta gran cosa.

Un *muchacho,* entre la buena sociedad, es un pollo que tiene algo por su casa ó aparenta que lo tiene, gastando en cenar lo que no gana para comer y jugando á la *ruleta* ó al *quince* para alivio de sus necesidades. Socio del casino ó del *Veloz,* amigo de todo el mundo, conocido universal, que se tutea con los toreros y habla á Dios de tú cuando se incomoda, el muchacho necesita una querida, pero una querida bonita y barata, porque lo importante es que la mujer no le cueste arriba de cincuenta duros mensuales.

Cincuenta duros mensuales para la suripanta equivalen á una dirección para un patriota progresista. Y ahí tiene usted explicada la fácil y pronta subida de esta apreciable joven. De su enredo con el muchacho resultan disgustos para alguna familia, cuentas que no se pagan, noches en blanco, pequeñeces por el estilo en la vida de un hombre soltero; también suelen resultar niños de ambos sexos. Pero ¿qué importa? Ni ella podía aspirar á más, ni él á gastar menos. La suripanta asciende, el muchacho se divierte, el empresario engorda; el público aplaude.

Dichosas éllas que han logrado cultivar el corazón de los solteros como nunca lo consiguió la modista joven casadera metida en su casa.

¿Qué tuvo que hacer la *suripanta* para adqui-

rir sus *mojencias* y su posición desahogada? Bien poca cosa. Acortar el vestido por arriba y por abajo, lo cual produce economía de tela y enseñanza libre de hombros y pantorrillas. *¡Oh tempora, oh mores!*

1872

FIN DEL TOMO XXV

INDICE

OLORES PATRIOS

VERSOS NUEVOS É INÉDITOS

LISTA DE SUSCRIPTORES

A LAS OBRAS COMPLETAS DE

EUSEBIO BLASCO

Azcárate (D. Gumersindo de).
Ayerbe (Sr. Marqués de).
Alvarez Mariño (D. José).
Aguilera (D. Alberto).
Alba (D. Enrique).
Ahumada (D. Luis de).
Andrade (D. Rafael).
Avilés (D. Benjamín).
Argüelles (Sra. Marquesa de).
Amboage (Sr. Marqués de).
Asmir (Sr. Conde de).
Barzanallana (Sr. Marqués de).
Barceló (D Luis).
Bejar (D. Antonio).
Benedicto (D. Manuel).
Bermúdez (D. José).
Beruete (D. Aureliano de).
Bivona (Sr. Duque de).
Blanco (D. Domingo).
Bretón (D. Tomás).
Bessières (D. Luis).
Casa Laiglesia (Sr. Marqués).

Carbó (D. Juan).
Cubas (D. José de).
Cánovas del Castillo (D. Jesús).
Cruz (D. Pablo).
Cañabate (D. Joaquín).
Castillo de Chirel (Sr. Barón del).
Canalejas (D. José).
Coello (D. Alonso).
Casa Valencia (Sr. Conde de).
Casa López (Sra. Marquesa de).
Caudilla (Sr. Conde de).
Cendra (D. Manuel).
Delgado (D. Eleuterio).
Dato (D. Eduardo).
España (D. Gabriel).
Escosura (D. Julio de la).
Esteban Collantes (Sr. Conde de).
Estévanez (D. Nicolás).
Echenique (D. Francisco).
Fabra (D. Nilo).
Ferrer (D. Gabriel).
Florez (D. Carlos).
Goyenechea (D. José).
Gómez Rodulfo (D. Angel).
Gómez Renovales (D. Juan).
García Patón (D. Federico).
Hinojosa (D. Ricardo).
Iturralde (D. Daniel de).
Icaza (D. Francisco A. de).
Igual (Señora Viuda de).
Igual (D. José de).
Jungairin Iriño (D. Manuel).
López Domínguez (D. José).
López Puigcerver (D. Joaquín).
Larregla (D. Joaquín).
León (D. Luis de).

Longoria (D. Javier).
Loygorri (D. Federico).
Luque (D. Manuel)
Llano y Persi (D. Manuel de).
Llobregat (Sr. Conde de).
Llaneces (D. José).
Lías (Señora Viuda de).
Muñoz de Baena (D. José).
Muñoz de Baena (D. Luis).
Manrique de Lara (D. Manuel).
Madariaga (D. Federico de).
Murga (D. Eduardo).
Maestre (D. Tomás).
Muguiro (D. Javier).
Malladas (Sr. Conde de).
Muñoz (D. Salvador).
Menéndez y Pelayo (D. Marcelino).
Montefuerte (Sr. Conde de)
Montes Sierra (D. Nicasio).
Navas (Sr. Conde de las).
Otamendi (D. Miguel).
Puente (D. Joaquín de la).
Pacheco (D. Antonio).
Pérez y Alonso (D. Gaspar).
Perinat (D. Luis).
Potous (D, Juan).
Retortillo (D. Alfonso).
Reparaz (Sr. Conde de).
Rica (D. José de la)
Rodríguez-del-Manzano (D. Valeriano).
Romanones (Sr. Conde de).
Ruiz de la Prada (D. Manuel).
Rosell Malpica (D. J. Manuel).
Sainz de la Maza (D. Joaquín).
Soriano Murillo (Sra. Viuda de).
San Luis (Sr. Conde de).

San Román (Sr. Conde de).
Sacro Lirio (Sr. Barón del).
Spottorno (D. Ricardo).
Sánchez Guerra (D. José).
Sotomayor (Sr. Duque de).
Sala (D. Emilio).
Squilache (Sra. Marquesa de).
Santa Coloma (Sra. Condesa Viuda de).
Santo Mauro (Sr. Duque de).
Sterling (D. Gustavo).
Tamames (Sr. Duque de).
Tolosa Latour (D. Manuel de).
Terán (D. Eduardo).
Tavara (Sr. Marqués de).
Traumann (D. Enrique).
Tovar (Sr. Marqués de).
Ubao (D. Manuel).
Ugarte (D. Javier).
Viñaza (Sr. Conde de la).
Villalobos (D. José).
Vilches (Sr. Conde de).

Ayuntamientos de Zaragoza, Jaca, Bilbao, Cartagena, Cádiz, Valencia, Pontevedra y Badajoz.

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco*, deberán dirigirse al administrador, D. Leopoldo Martínez, Calle del Correo, 4, librería, Madrid.